7212

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Los miserables

Melodrama de espectáculo

EN CUATRO ACTOS Y UN EPÍLOGO, DIVIDIDOS EN DIEZ Y SEIS CUADROS

INSPIRADO EN LA CÉLEBRE NOVELA DEL INMORTAL

VÍCTOR HUGO

y arreglado á la escena española por

FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

MADRID
SALON DEL PRADO, 14, HOTEL
1903

17

LOS MISERABLES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS MISERABLES

Melodrama de espectáculo

EN CUATRO ACTOS Y UN EPÍLOGO, DIVIDIDOS EN DIEZ Y SEIS CUADROS

INSPIRADO EN LA CÉLEBRE NOVELA DEL INMORTAL

VÍCTOR HUGO

y arreglado á la escena española por

FÉLIX GONZÁLEZ LLANA

Estrenado en el TEATRO DE LA ZARZUELA DE MADRID
la noche del 17 de Mayo de 1903

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUAN VALJEAN	Sr. Fuentes.
MONSEÑOR MIRIEL	Allens-Perkins.
MAGDALENA	Srta. Sampedro.
BAPTISTINA	Sra. Llorente.
UNA MUJER	Abbad (J.)
OTRA IDEM	Srta. Luján.
OBRERO	Sr. Fauste.
POSADERO	Fernández (N.)
BEBEDOR	Peral.
ALCAIDE	Catalán.
GENDARME 1.°	Morales.
IDEM 2.°	Barinaga.
SOR TERESA	Sra. Monreal.
JAVERT	Sr. Altarriba.
OTRO OBRERO	Arévalo.
SIMÓN	Leiva.
LA THENARDIER	Sra. Llorente.
THENARDIER	Sr. Parera.
FANTINA	Srta. Arévalo.
FAUCHELEVENT	Sr. Juárez.
SECRETARIO	Moreno.
BREVET	Fernández (H.)
COCHEPAILLE	Gómez.
CHENELDIEU	Barinaga.
SAINT MATHIEU	Del Cerro.
FISCAL	Rubio.
PRESIDENTE	Fauste.
CRIADA	Srta. Paso.
DOCTOR DUPRET	Sr. Ramírez.
DOCTOR LAMÉ	Fernández. (N.)
COSETTE	Srta. Abbad. (C.)
MONTPARNASE	Sr. Moreno.
CLAQUESÚS	Rubio.
EPONINA	Srta. Sampedro.
AGENTE	Sr. Pérez.
GAVROCHE	Srta. Arévalo.
PROUVAIRE	Sr. Calvo.

JEULLY	Arévalo.
MARIO	Allens-Perkins.
ENJOLRAS	Del Cerro.
COMBEFERRE	Fauste.
CONFEYRAC	Montenegro.
BRIGUENAILLE	Rivas.
GUSTEMER	Gil.
BOULETRELLA	San Martín.
BRUJON	Morales.
BANOTE	Peral.
JOLEY	Leyva.
LESGEE	García.
GRANTAIRE	Mínguez.
CAPITAN	González.
CENTINELA	Juárez.
GUARDIA	López.
AMA DE LLAVES	Sra. Abbad. (J.)

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

El vagabundo

Una plazoleta de una ciudad. A la derecha, en primer término, un mesón cuyas ventanas y puertas de cristales, dejan ver el interior de una espaciosa cocina, de donde sale rumor de voces. Un banco de piedra á la puerta. A la izquierda, en primer término, los últimos escalones de la Iglesia. Al lado de estos escalones una casita baja con una ventana de cristales. En segundo término la puerta de la prisión, con una garita. En el fondo una casa de modesta apariencia. Es de noche.

ESCENA ÚNICA

JUAN VALJEAN, cubierto de polvo, aparece en escena. Lleva una camisa de lienzo grosero, anudada al cuello con una corbata retorcida y grasienta, y sobre la camisa una blusa gris, también muy deteriorada; un pantalón azul remendado con paño verde, y á la espalda una mochila de soldado. Lleva en la mano un enorme garrote en que se apoya para andar y se ve que está rendido de fatiga. Después de dudar un momento, se dirige hacia el mesón y llama á la puerta

POS. ¿Qué se le ofrece á usted? (Mirándole de arriba á abajo.)

JUAN Cenar y acostarme.

POS. Nada más fácil, (Volviendo á mirarle.) pagando, por su puesto.

613234

JUAN (Sacando un bolsillo de la blusa.) Tengo dinero.

POS. En ese caso, será usted servido. (Sentándose en el banco de piedra.)

VOZ (Dentro) Eh, Joaquín; entra pronto.

POS. Allá voy.

BEB. (Saliendo.) ¿Qué haces ahí?

POS. Ya lo ves, hablaba con el señor, que pide alojamiento. (Señalando á Juan Valjean)

BEB. (Mirándole) Ese... (Aparte.) No hay duda, él es. (Se acerca al Posadero y le habla en voz baja.)

POS. ¿De veras?

BEB. Como te lo digo... Yo mismo le vi salir del Ayuntamiento cuando volvía de refrendar el pasaporte. (Entra de nuevo en la posada.)

POS. Señor mío, no puedo recibir á usted en mi posada.

JUAN ¿Por qué? ¿Teme usted quizá que no le pague? Ya le he dicho que tengo dinero.

POS. No es eso. Usted tendrá dinero, pero yo no tengo habitación.

JUAN No importa. Dormiré sobre un montón de paja después de cenar.

POS. Tampoco puedo darle de cenar.

JUAN ¿Se burla usted? Vengo andando desde el amanecer y no he comido en todo el día.

POS. No tengo nada que darle.

JUAN ¡Nada! (Señalando el mostrador.) ¿Y todo eso que veo en el mostrador?

POS. Está encargado de antemano y pagado.

JUAN ¿Por quién?

POS. Por unos traginantes.

JUAN (Levantándose.) Eso no es cierto. Estoy en la posada, tengo hambre y entro á cenar. (Haciendo ademán de entrar.)

POS. (Deteniéndole y con tono muy significativo.) ¡Váyase usted!

JUAN ¿Eh?

POS. Tengo la costumbre de ser amable con las gentes... ¡Váyase usted!

JUAN Pero...

POS. Basta de palabras... ¿Quiere usted que le diga su nombre? (Entra en la posada.)

JUAN (Cerrando los puños.) ¡Ah! (Da algunos pasos vacilando como quien ignora el rumbo que va á tomar y por fin

desaparece por la calleja de la izquierda. En este momento se abre la ventana de la casa de la izquierda y al través de ella se ve el interior de la habitación de un obrero, que se dispone a cenar en compañía de su mujer que tieue un niño sobre las rodillas.)

OBR. (Abriendo la ventana y extendiendo la mano.) ¡Está lloviendo!

MUJER Me alegro.

OBR. ¿Por qué?

MUJER Pues porque así no tendrás ganas de salir esta noche.

OBR. Sí, dices bien. Dame el chico y prepara la cena.

MUJER Ahora mismo. (Le da el niño que el Obrero acaricia.)

OBR. ¡A cenar!

JUAN (Mira el interior de la casa y se dibuja en su rostro una sonrisa de esperanza) Ellos me recibirán.) (Llamando suavemente.

MUJER Me parece que llaman. (Juan vuelve á llamar.)

OBR. ¿Quién anda ahí?

JUAN Dispense usted, amigo: pagando lo que sea, ¿podría darme un pedazo de pan, y un lugar donde dormir? Vengo de Puig Mouisson y acabo de hacer siete leguas á pie.

OBR. Yo no le niego comida y albergue á un hombre de bien. Pero, ¿por qué no ha ido usted á la posada de enfrente?

JUAN No hay sitio.

OBR. No es posible. Hoy no es día de mercado. ¿Ha estado usted en el mesón de Francisco, en la calle del Canal?

JUAN Sí; de allí vengo.

OBR. ¿Entonces?...

JUAN Tampoco ha querido recibirme.

OBR. ¿No?... ¿serás tú el vagabundo de quien se habla? (Descuelga la escopeta.)

JUAN Amigo.

OBR. ¡Vete!

JUAN Por favor, un vaso de agua.

OBR. ¡Un tiro! (Cierra con violencia la ventana, y la mujer coge al niño entre los brazos, y se oye el ruido de la llave y el candado.)

JUAN (Lanzando un grito de rabia.) ¡Ah! (Vuelve á dar al-

gunos pasos tambaleándose, como un hombre ebrio, y se detiene delante de la cárcel.) La cárcel. (Pausa.) ¿Y por qué no? (Tira del cordón y se oye sonar una campana.)

VOZ ¿Quién va? (Se abre un ventanillo.)

JUAN (Quitándose la gorra.) Señor alcaide, ¿tendría usted la bondad de abrirme la puerta y de albergarme por esta noche? Estoy sin asilo.

VOZ La cárcel no es una posada. Haga usted motivo para que le prendan, y se le abrirá.

JUAN (Lanzando una mirada siniestra.) Un crimen... ¿Es preciso realizar un crimen para dormir bajo techado? (Ve los escalones de la iglesia y empuja la puerta.) También está cerrada la iglesia. ¡Ah, Dios mío, Dios mío! (Se prepara á dormir á la intemperie. En este momento atraviesa la escena una pobre mujer, que repara en Juan Valjean.)

MUJER ¿Qué hace usted ahí, buen hombre?

JUAN Ya usted lo ve. Voy á dormir.

MUJER ¿En el suelo?

JUAN Durante diez y nueve años he tenido un lecho de tablas, hoy lo tengo de piedras.

MUJER ¿Ha sido usted soldado?

JUAN Sí... soldado.

MUJER ¿Por qué no va usted á un mesón?

JUAN Porque no tengo dinero.

MUJER Yo no tengo más que algunas monedas de cobre.

JUAN No importa; vengan.

MUJER Con esto no podrá usted albergarse en ninguna posada. Pero es imposible que pase así la noche. Vuelve á llover y se va á morir de frío. Es preciso que pida un asilo por caridad.

JUAN He llamado á todas las puertas.

MUJER ¿Y qué?

JUAN Me han echado de todas partes.

MUJER (Tocándole en el hombro.) ¿Es cierto que ha llamado usted á todas las puertas?

JUAN Sí.

MUJER (Señalando la puerta de la casa del centro.) ¿Ha llamado usted en aquélla?

JUAN En esa, no.

MUJER Pus llame usted allí.

CUADRO SEGUNDO

El robo

Una habitación muy sencilla. En el fondo la puerta de la calle. A la izquierda, en segundo término, una escalera con cuatro ó cinco escalones. En la pared de la izquierda un armario Mesa de madera blanca. Dos candelabros de plata, uno de ellos encendido sobre la mesa y el otro encima de la chimenea, que estará encendida. Puertas á derecha é izquierda; en primer término y al lado de la chimena, una butaca.

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA BAPTISTINA y MAGDALENA. Esta lleva una papalina blanca y un vestido de estameña negra con mangas anchas y cortas, un delantal de cuadros rojos y verdes, atado á la cintura con una cinta verde. El traje de la señora Baptistina es de principios del siglo pasado, ó sea de talle corto, con basquiña estrecha. Ambas tienen bastante edad. En el momento de levantarse el telón, la última está haciendo labor al lado de la mesa, y la segunda dispone los cubiertos para la cena

MAG. No, señora; esto no puede seguir así.

BAP. ¿A qué se refiere usted, Magdalena?

MAG. ¿A qué he de referirme? A las limosnas del señor obispo. La caridad tiene también sus límites. Bueno y santo que su ilustrísima haya cedido el palacio á los enfermos del hospital, y que prescinda además de sus pajes y familiares, pero ceder también los gastos de su carruaje en favor de los presos, me parece demasiado... Todos los obispos de Francia andan en coche y viven con lujo.

BAP Eso es cuenta suya. Ya sabe usted que mi hermano compadece á los delincuentes y que no les culpa á ellos, sino á la sociedad, que mantiene la miseria y la ignorancia, únicas causas del delito.

MAG. Y tendrá razón su ilustrísima, cuando lo dice; pero no me negará la señora que nosotras somos también hijas de Dios, y que al paso que vamos, pronto careceremos de lo necesario.

BAP. Nada nos falta, Magdalena.

MAG. No diga usted eso. El señor obispo lleva una sotana vieja, indigna de su elevada gerarquía eclesiástica, y las gentes ricas le censuran por su modestia, pues según dicen, la Iglesia necesita imponerse á los fieles por su esplendor.

BAP. La religión debe imponerse por su pobreza. Nuestro Salvador nació en un establo.

MAG. Bueno, no insistiré más sobre este punto, ¿pero quiere decirme la señora, por qué razón hemos de dormir todas las noches con las puertas abiertas? Esto no tiene nada que ver con la humildad ni con la mansedumbre; digo, me parece á mí.

BAP. Porque mi hermano afirma que la puerta del sacerdote como la del médico, no debe cerrarse jamás, lo mismo para los enfermos del cuerpo que para los enfermos del alma.

MAG. Pero nosotras somos dos débiles mujeres y en esta casa, aunque pobre, hay algunas cosas que pudieran tentar la codicia de los malhechores. Los cubiertos de plata y los candelabros del mismo metal, que heredó la señora de su difunta madre (q. s. g. h.) Precisamente hoy...

BAP. ¡Mi hermano!

ESCENA II

LOS MISMOS y EL OBISPO, que entra con un libro en la mano. Monseñor Miriel, es un hombre de setenta y cinco años, risueño, alegre, de corta estatura, y con los cabellos blancos. viste de un modo sencillísimo y se apoya en una cayada al andar

MIRIEL Buenas noches, Baptistina, buenas noches, Magdalena. (Se sienta en la butaca con un libro en la mano.)

MAG. Buenas noches tenga su eminencia.

MIRIEL No tanto, no tanto, y lo prueba es que mi eminencia no puede alcanzar á la altura de ese armario. Tenga usted, pues, la bondad de colocar este libro en el último estante, Magdalena.

MAG. (Cogiendo el libro.) En seguida.

MIRIEL ¿De qué se hablaba?

BAP. Magdalena siente ciertos temores..

MIRIEL ¿Qué temores son esos?

MAG. Pues bien, yo me permito decir á su Ilustrísima, que esta casa no está segura: que si su Ilustrísima no se opone, iré á buscar al cerrajero para que vuelva á poner los antiguos candados en la puerta; es cosa de un minuto.

MIRIEL ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? ¿Nos amenaza algún peligro? (En broma.)

MAG. No se burle su Ilustrísima. Se habla en toda la ciudad de un mendigo, de un desarrapado, de un hombre terrible con mochila y garrote. Es necesario poner los cerrojos, aunque no sea más que por esta noche: porque la puerta se abre desde fuera, con solo levantar el picaporte, y además, como su Ilustrísima tiene la costumbre de decir siempre: «adelante,» al primero que llega... (En este momento llaman á la puerta con violencia.)

MIRIEL (Con la mayor naturalidad.) ¡Adelante! (Entra Juan Valjean, en la escena, dejando la puerta de par en par.)

JUAN (Apoyándose sobre el palo.) Yo me llamo Juan Valjean y acabo de salir del presidio. (Al verle entrar, Magdalena lanza una exclamación de espanto y la señora Baptistina se levanta también muy asustada; pero al ver que su hermano permanece tranquilo, baja la cabeza y vuelve á sentarse, recobrando una calma absoluta.)

MAG. ¡Ay, Dios mío!

JUAN Hace cuatro días que he cumplido; cuatro días que viajo desde Tolón... Al anochecer fuí á una posada y me dijeron: «¡Vete!» Fuí á otra y no quisieron recibirme... Quise entrar en la cárcel y el alcaide no me abrió .. Me metí en la covacha de un perro, y el

perro me mordió y me echó de allí. ¡Lo mismo que los hombres! Salí al campo para dormir al raso y empezó á llover... Volví á poblado para encontrar al menos el abrigo de algún umbral y ahí, en la plaza me disponía á dormir sobre las piedras, cuando una buena mujer me mostró esta casa diciéndome: «Llama ahí.» He llamado. ¿Qué casa es ésta? Tengo dinero, la pacotilla de mis salarios: ciento nueve francos que he ganado en presidio por mi trabajo de diez y nueve años. Yo pagaré. ¡Qué me importa el dinero! Estoy hambriento, aterido, calado hasta los huesos. ¿Me echarán ustedes también?

MIRIEL Magdalena, tenga usted la bondad de poner otro cubierto en la mesa. (Esta se acerca al armario temblando de miedo, saca otro cubierto y lo coloca sobre la mesa.)

JUAN (Dando dos pasos hacia el quinqué.) Mire usted, no me han entendido bien. ¿Ha oído usted? Yo soy un presidiario. He aquí mi pasaporte. Amarillo. Esto sirve para que me echen de todas partes. ¿Quiere usted leer? También yo sé. Sí, me enseñaron en presidio, donde hay una escuela para los que quieren aprender. Mire usted lo que pone aquí. «Tolón, 25 de Septiembre de 1815.—Juan Valjean, presidiario cumplido, natural de...» esto es indiferente; «ha permanecido diez y nueve años en presidio. Cinco por robo con fractuto y nocturnidad, y catorce por haber tratado de evadirse cuatro veces. Es hombre muy peligroso.» ¡Con esto nadie me admite! ¿Quieren ustedes darme comida? ¿Hay aquí algún establo donde pasar la noche?

MIRIEL Señor mío, siéntese usted al amor de la lumbre. Vamos á la mesa, y dentro de un instante le harán la cama.

JUAN (Balbuceando por efecto de la emoción.) ¿Qué? ¿De veras? No me echa usted como los demás... No me tutea usted, ni me dice como siempre me dicen: «Fuera de ahí, perro.» ¡Oh, qué buena mujer la que me indicó esta casa!

¡Una cama! ¡Una cama con colchones y sábanas. ¡Como las de los demás! Hace diez y nueve años que no duermo en una cama. ¡Qué compasivos son ustedes! Yo pagaré, pagaré... Pero, ¿quién es usted? (Fijándose en el solideo.) ¿Un clérigo? El cura, ¿no es eso? El cura de esa iglesia grande que está en la plaza? ¡Qué bestia soy! ¿Entonces no me pide usted dinero?

MIRIEL. No. Siéntese usted aquí, cerca de la chimenea. El viento de la noche es muy frío en estas montañas. Magdalena, este quinqué alumbra muy mal. Traiga usted el candelabro.

MAG. Voy. (Enciende el candelabro y lo coloca cerca del cubierto de Juan Valjean; después se va.)

JUAN ¡Qué bueno es usted! Me recibe en su casa. Sin embargo, yo no le he ocultado quién soy ni de dónde vengo. (Empieza á comer ansiosamente.)

MIRIEL En esta casa no se pregunta al que entra si tiene un nombre, sino si tiene un dolor... Ested sufre, usted tiene hambre y sed: sea bien venido. Y no me dé las gracias por ello. Todo lo que hay aquí le pertenece. ¿Para qué necesito saber su nombre? Además, amigo mío, antes de que usted me lo dijera, yo sabía cómo se llamaba.

JUAN (Mirándole asombrado.) ¿De veras? ¿Sabía usted cómo me llamaba?

MIRIEL Sí, usted se llama mi hermano.

JUAN No. Eso es demasiado. Mire usted, señor cura, mucha hambre tenía al entrar aquí, pero es usted tan bueno para conmigo, que ya se me ha quitado.

MIRIEL Beba usted un vaso de vino para reponerse. Mi hermana y yo no tenemos costumbre de beber.

JUAN Gracias.

MIRIEL ¿Va usted muy lejos?

JUAN A Pontardier, con itinerario obligado.

MIRIEL ¿Ha sufrido usted mucho?

JUAN ¡Ah! ¡Que si he sufrido! (Con tono feroz.) ¡Que si he sufrido! Y todo, ¿por qué? Yo trabaja-

ba, trabajaba sin descanso. Fuí podador, podador como mi padre, que murió de una caída de un árbol. Tenía una hermana viuda con cinco hijos á quien yo socorría. Cuando no había trabajo, me dedicaba á cazar en vedado y siempre con fortuna. Era el mejor tirador en veinte leguas á la redonda, y eso que en mi pueblo abundaban los buenos tiradores. Pero aquel invierno fué tan duro, que no encontré trabajo. Cazar era imposible, porque los guardas, envidiosos de mi puntería, me odiaban y era vigilado constantemente. Los niños lloraban de hambre. Una noche, enloquecido, salí de nuestra choza, rompí de un puñetazo el escaparate de un panadero y robé; sí, robé un pan para los chiquitines.

BAP. ¡Por un pan!

JUAN Por un pan, sí señora. Me denunciaron como autor de robo con fractura y nocturnidad, y fuí condenado á cinco años de presidio. Me llevaron á Tolón: me hicieron vestir la chaqueta encarnada, remacharon la cadena á mi pie, y hasta el nombre me quitaron: ya no era Juan Valjean, sino el número 24.061. Después... ¡Qué vida! ¡Qué horrible vida! Una tabla para dormir, los golpes brutales de los cabos de vara, las bromas salvajes de los compañeros... ¡Oh! Los perros, los perros son más felices.

MIRIEL ¡Desgraciado!

JUAN Un día me propusieron los compañeros un proyecto de evasión. Acepté con alegria. ¡No pensé en las consecuencias! Angustiaba mi corazón el recuerdo de mi pobre hermana, y de los chiquitines. ¡Qué sería de ellos! ¡Qué sería de las pobres hojas del árbol robusto aserrado por el tronco! ¡Llegó por fin la hora de la fuga! ¡Huí de presidio! Dos días anduve errante, en libertad por los campos... si es ser libre el ser perseguido y acosado, volver la cabeza á cada instante, estremecerse al menor ruido, tener miedo de todo, del techo que humea, del aire que zumba, del

pastor que canta, del hombre que pasa, del perro que ladra, del caballo que galopa, de la hora que suena, del día porque se ve, de la noche porque no se ve, de la carretera, del sendero, del matorral y del sueño. A los dos días fuí preso: cuarenta horas hacía que no había comido ni dormido. El Tribunal me condenó á tres años de recargo. ¿Y á qué seguir? Nuevas fugas, nuevas prisiones, nuevos recargos... ¡Diecinueve años! ¡Diecinueve años de presidio por romper un vidrio y robar un pan! (Sollozando amargamente.)

MIRIEL ¡Y ahora!...

JUAN Ahora, ya ve usted: tengo cuarenta y seis años y este pasaporte, este infame papel que hace que me arrojen de todas partes.

MIRIEL Sí, sale usted de un lugar de tristeza, pero más alegría hay en el cielo para el rostro con lágrimas de un pecador arrepentido, que para la vestidura blanca de cien justos. Si usted sale de ese lugar de maldición con pensamientos de dulzura y de paz, vale más, mucho más que ninguno de nosotros. (Juan Valjean mueve la cabeza lúgubremente: en este momento vuelve á entrar la señora Magdalena con una lámpara. Apaga los dos candelabros, quita los cubiertos y los coloca en el armario.) Vamos, se hace tarde y usted necesita descansar.

BAP. Buenas noches, hermano mío.

MIRIEL Buenas noches. (La señora Baptistina y Magdalena entran por la escalera de la izquierda.) Usted también, amigo Valjean, que pase muy buena noche. Mañana temprano, antes de partir, beberá una taza de leche bien calentita, de nuestras vacas. Ahí tiene usted su cuarto y aquí está el mío.

JUAN Gracias. (Después de dar algunos pasos se vuelve rápidamente.) ¡Cómo! ¿De veras? ¿Así me hospeda en su casa, tan inmediato á usted? ¿Ha reflexionado bien lo que hace? Yo soy un hombre muy peligroso. Ya lo ha oído usted, una especie de bestia, de bestia feroz, á quien acaban de romper sus cadenas. ¿Quién le ha dicho á usted que yo no sea un asesino?

MIRIEL Eso incumbe á Dios. (Señalando al cielo.)

JUAN ¡Dios! ¡Dios! (Hace un gesto feroz y desaparece.)

ESCENA III

MONSEÑOR MIRIEL y JUAN VALJEAN

MIRIEL También yo estoy rendido de sueño. (Da algunos pasos y después se sienta en la butaca.) ¡Pobre hombre! ¿Será cierto lo que acaba de decir? ¿Habrán hecho de él una bestia salvaje? ¡Ah, no, no! En el fondo del alma humana, aun en la más obscura, en la más perversa, existe siempre una chispa, un destello divino que el bien hará brillar espléndidamente, pero que el mal no podrá extinguir por completo. En este mundo no hay más que seres felices y seres desgraciados. ¡Oh! ¡Miseria, miseria; quién pudiera atajar tus pasos para siempre sobre la tierra! (Permanece algunos momentos como ensimismado y después se duerme.)

JUAN (Sale de su cuarto con una palanqueta en la mano y camina con mucha lentitud escuchando; empuja la puerta y después de un momento de meditación se dirige hacia el armario. Se inclina y escucha por la puerta de la izquierda, después se dirige hacia la derecha, pero de pronto se le cae el cayado de la mano al obispo y Juan se vuelve pálido, al ruido del cayado, y queda frente al obispo. Entonces se estremece y mira atónito la cara del viejo, dulcemente iluminada por la luz de la lámpara. Después de un momento de reflexión, su mano se levanta con lentitud, hasta la altura de la cabeza y se quita la gorra. En seguida hace ademán de irse y abre la puerta con precaución y ya en el umbral, se vuelve y mira otra vez al armario. De pronto, y como quien adopta una resolución súbita, se pone la gorra, abre el armario, saca los cubiertos, los arroja dentro de la mochila, corre hacia la puerta y huye velozmente saliendo de espaldas para no ver el rostro del obispo. Toda esta escena muda ha de hacerse con las pausas que la inspiración artística aconseja al actor.)

MAG. (Apareciendo en lo alto de la escalera.) Me parece que han abierto la puerta. Sí, no hay duda. ¡Ah, Dios mío! Los cubiertos. (Acercándose al armario.) No están.

MIRIEL (Despertándose.) ¿Quién anda ahí? ¡Ah! ¿Es usted, Magdalena?

MAG. (Enseñando la cesta de los cubiertos vacía.) Mire su Ilustrísima... Nos han robado los cubiertos. El hombre ha huido con ellos. ¡Nos han robado!... (Gritando.) ¡Nos han robado!... ¡Bien lo decía yo!

MIRIEL ¡Robado! ¿Por ventura no he dicho yo á ese desgraciado que todo lo que había en esta casa era suyo? Mire usted, Magdalena, nosotros reteníamos, injustamente toda esa plata; sí, señor, injustamente. ¿No pertenecía á los pobres? ¿Pues quién era ese hombre? Un pobre sin duda alguna. (En este momento sale también la señora Baptistina, y se oye fuera ruido de voces. Por último, aparece Juan Valjean, entre dos gendarmes. Al verle Monseñor Miriel, se estremece.)

GEN. 1.º (Á Juan.) Entra, pillo, entra. (Saludando militarmente.) A la orden de su Ilustrísima.

JUAN ¡Ilustrísima! ¡No es el cura!

GEN. 1.º ¡Silencio!

MIRIEL ¡Ah, es usted, amigo mío! Me alegro de volverle á ver. ¿Pues no había dado á usted también los dos candelabros, que son de plata? ¿Por qué no se los llevó usted con los cubiertos?

JUAN (Atónito y mirando al obispo con una expresión de asombro.) ¡Eh!

GEN. 1.º ¿Luego es verdad lo que dice ese hombre? Nosotros le dimos el alto, porque parecía que iba huyendo de aquí: y al registrarle le hemos encontrado en la mochila unos cubiertos de plata.

MIRIEL (Sonriendo.) ¿Les ha dicho á ustedes que se los había dado un cura en cuya casa había cenado? Y ustedes no quisieron darle crédito, ¿no es eso?

GEN. 1.º ¿De manera que podemos dejarle marchar?

MIRIEL Sin duda. (Fijándose en el Gendarme 2.º) ¡Ah, buenas noches, Juan Bautista!

GEN. 2.º A la orden de su Ilustrísima, señor obispo.

GEN. 1.º El caso es que hace pocas horas se presentó en la Alcaldía un saboyanito quejándose de que en el campo, á una legua de aquí, le había robado una moneda de plata un mendigo.

MIRIEL Pero, ¿ha dicho que fuese él? (Señalando á Juan Valjean.)

GEN. 1.º Las señas coinciden con las suyas.

MIRIEL Eso no es posible. Si hubiese sido él no habría entrado en el pueblo.

GEN. 1.º Pero...

GEN. 2.º Cuando su Ilustrísima dice que se le puede dejar en libertad...

JUAN ¿De veras me dejan?

GEN. 1.º ¿No lo has oído? (Juan hace un movimiento para escapar.)

MIRIEL Un momento, amigo mío. (Juan se detiene.) Antes de irse, tome usted sus dos candelabros... Aquí están. (Juan los toma maquinalmente.) Pueden ustedes retirarse. (Los Gendarmes saludan y salen: después hace señas á la señora Baptistina y Magdalena que se retiran también, y por último, se acerca á Juan Valjean.) No olvide usted, no olvide nunca que me ha prometido emplear esa plata en hacerse hombre honrado.

JUAN ¡Yo!... ¡Que yo he prometido!

MIRIEL Juan Valjean, hermano mío, ya no pertenece usted al mal, si no al bien, su alma es la que rescató para librarla de las negruras y del espíritu de perdición... De ahora en adelante, pertenece á Dios. (Juan Valjean cae de rodillas á los pies del obispo y le besa la mano.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La celada

El pueblo de Montfermeil. A la izquierda un mesón. Al fondo la carretera.

ESCENA PRIMERA

La THENARDIER está sentada en un banco á la puerta del mesón meciendo en sus rodillas á una niña de pecho y cantando una canción antigua. THENARDIER

THEN. ¡Maldita posada, maldito usurero y maldita suerte!

LA THEN. ¿Qué tienes, hombre? ¿Por qué te desesperas así?

THEN. ¡Por nada, bestia! ¿Y el pagaré que vence mañana? Ya verás, ya verás cuando el alguacil nos ponga enmedio de la carretera.

LA THEN. ¡Quién sabe! De aquí á mañana...

THEN. ¡Ah, sí! De aquí á mañana...Van unas horas.

VOZ (Dentro.) ¡Posadero!

THEN. ¡Voy! ¡Maldito sea! (Vase.)

LA THEN. ¡Uf, qué genio! (Fantina aparece llevando en los brazos una niña dormida.)

FANT. (Lleva un mantón de lana tosca, de color oscuro, un vestido de percal y zapatos gruesos.) Perdone usted, señora. ¿Es esta la carretera de Vanjours? (Deteniéndose.)

LA THEN. La misma.

FANT. ¿Esta lejos el pueblo?

LA THEN. A una hora de aquí.

FANT. Muchas gracias. Vengo de París y estoy algo cansada.

LA THEN. No es extraño. De París á Montfermeil hay una buena tirada. Pero siéntese y descanse.

FANT. (Sentándose.) Con su licencia (Mirando á la niña de La Thenardier.) Tiene usted una niña hermosísima.

LA THEN. Gracias. Usted también tiene otra preciosa. ¿Está dormida?

FANT. Sí, señora: se quedó dormida en el camino.

LA THEN. ¿Cómo se llama?

FANT. Eufrasia; pero yo la digo siempre Cosette. Es un nombre más bonito. ¿No es verdad? Mire usted, ya va á cumplir los diez y ocho meses.

LA THEN. Lo mismo que mi Eponina ¿Y á dónde va usted?

FANT. Vuelvo á mi país, á Montreuil, con el propósito de buscar trabajo.

LA THEN. ¿Usted? Y el padre de la niña, ¿por qué no trabaja?

FANT. (Turbándose.) ¿El padre?

LA THEN. Naturalmente. Su esposo de usted.

FANT. (Bajando la cabeza.) ¡Mi esposo!

LA THEN. ¡Ah, vamos! Sí, entendido... Siempre la misma historia. Algún bribón, ¿no es eso? Alguno que la habrá seducido y después... si te he visto, no me acuerdo.

FANT. ¡Si al menos tuviera el consuelo de poder alimentar á Cosette con el fruto de mi trabajo! (Tose.)

LA THEN. (Moviendo la cabeza.) No parece usted muy robusta.

FANT. Ando algo malucha, en efecto, pero tengo ánimos. Me han escrito de Montreuil que

una mujer puede ganar dos francos al día, en una fábrica de abalorios negros que ha instalado allí un forastero á quien llaman el señor Magdalena. Dicen que es un hombre de bien y que acaban de nombrarle alcalde por los beneficios que su industria ha producido al país

LA THEN. (Con acento de duda) ¡Hum!

FANT. ¿Cree usted que se negará á darme trabajo?

LA THEN. Mucho lo temo.

FANT. A causa de mi Cosette, ¿no es cierto? Sí, son muy ridículas las gentes del pueblo... Cuando ven á una soltera con una criatura en brazos, la miran con desprecio, ¡sin pensar! ¡sin comprender!... ¡Pobre ángel de mis entrañas!

LA THEN. Ea, no se aflija usted.

FANT. Pero yo no puedo abandonar á mi niña. Usted que es madre y querrá á su hija como yo quiero á la mía, ¿dígame si esto es posible?

LA THEN. Sí, es muy duro, no lo niego. Pero cuando hay que esconder una falta para ganarse la vida, es preciso tener resolución.

FANT. ¿Qué quiere usted decir?

LA THEN. Está claro. Que debe usted confiar la niña al cuidado de una persona de su confianza.

FANT. ¿Dice usted?... ¡Ah, no, no! ¿Dejar á mi hija? Nunca, nunca.

LA THEN. (Alzando los hombros.) Pues llevésela.

FANT. Pero, ¿de veras presume usted que se negarán á darme trabajo?

LA THEN. Ya lo he dicho.

FANT. (Como hablando para sí.) No harán eso. Todavía hay personas compasivas en el mundo. (Levantándose y dando algunos pasos muy agitada.) Adiós, señora

LA THEN. Buena suerte. (La Thenardier vuelve á cantar y á mecer á su hija)

FANT. ¡Ah, Dios mío!... Y si no encuentro ocupación, ¿qué va á ser de nosotras? (La Thenardier sigue canturreando y meciendo á la niña, aparentando no fijarse en Fantina.) ¡La miseria! ¡La muerte! Señora ..

LA THEN. ¿Aún está usted aquí?

FANT. Usted que parece tan buena madre, ¿querría encargarse de cuidar á mi hija durante algún tiempo?

LA THEN. Según.

FANT. Nada más que el preciso para hallar ocupación y hacer algunos ahorros. En seguida volveré á buscarla. Mientras tanto jugaría con Eponina. Pagaré seis francos al mes.

THEN. (Desde dentro.) No se puede menos de siete francos, y eso, dando seis meses adelantados. (Fantina hace un ademán de sobresalto.)

LA THEN. Es Thenardier mi marido, ¿sabe usted? El dueño de la posada.

FANT. ¡Seis meses!...

THEN (Desde dentro) Total: cuarenta y dos francos.

FANT. Los daré.

THEN. (Dentro.) Y además, quince francos para los primeros gastos.

FANT. (Sacando un bolsillo del pecho.) También los daré. Tengo ochenta francos, de manera, que aún me queda bastante dinero para llegar hasta mi pueblo caminando á pie.

THEN. ¿La niña tiene su equipo?

FANT. ¿Que si lo tiene? Y muy hermoso por cierto. ¡Vaya! Una docena de camisas y cinco vestiditos de seda, como una princesita. Abí están en mi maleta.

THEN. Entonces habrá que dejarlo.

FANT. Ya lo creo que lo dejaré. Es de ella, es de mi cielo.

LA THEN. Está bien. Deme usted la niña.

FANT. ¡La niña!... Sí; es preciso... Por Dios que no se despierte. Si viese sus ojos, no tendría valor para dejarla. Mímela mucho. Le gusta la leche con bizcochos. Déjeme usted darle un beso. ¡Ay, pobre hija de mi alma! (Llorando con desesperación.)

LA THEN. (Mirando la maleta.) Pero...

FANT. Sí, ya comprendo, el equipo. ¡Qué estúpida soy! Ya me había olvidado. (Abriendo la maleta) Tome usted. Tres gorritos bordados, las camisitas, las enaguas y tres pares de medias. Estos zapatitos de raso blanco son para

los días de fiesta. En cuanto llegue á Montreuil, les escribiré para darles mis señas. Me llamo Fantina. Fantina Duval.

LA THEN. Bien, está bien.

FANT. Y ahora, adiós. Deje usted que la vea otra vez. (Besando á la niña con infinita ternura.) ¡Hija, hija de mis entrañas! No puedo más. (Prorrumpiendo en sollozos.) No puedo más. ¡Adiós, adiós! (Sale vacilando por efecto de la emoción. En cuanto Fantina desaparece, La Thenardier deja bruscamente las dos niñas en la cuna y baja á unirse á Thenardier, que le arranca el dinero y empieza á contarlo)

CUADRO SEGUNDO

El alcalde de Montreuil

Un salón en la alcaldía de Montreuil. En el fondo, hacia la izquierda, una gran puerta con vidrieras, que da sobre una escalera de piedra con balaustrada, cuyos primeros peldaños estarán visibles. La balaustrada y la escalera estarán cubiertas de una espesa capa de nieve. En el fondo, en el centro, otra puerta de dos hojas con esta inscripción: «Salón del señor Alcalde.» A la derecha, en primer término, una mesa con varias carpetas, y en el mismo lado, y cerca de la mesa, una estufa encendida. En la pared se verá un retrato de Luis XVIII, y á la izquierda otra escalera que conduce á una habitación donde se lee: «Cuerpo de guardia »

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, el TÍO SIMÓN y una docena de OBREROS. Estarán agrupados alrededor de la puerta del centro. En primer término, EL SECRETARIO escribiendo. FANTINA vestida con un capuchón gris y el TÍO FAUCHELEVANT calentándose á la estufa

MAG. (Saliendo.) Buenos días.

OBREROS Muy buenos días, señor alcalde.

MAG. ¿Qué desea usted, amigo Simón?

SIMÓN Pues yo deseo... es decir, deseamos todos los presentes, que el señor alcalde nos conceda una gracia.

MAG. Veamos.

SIMÓN Como hoy se inaugura un nuevo taller en la fábrica, quisiéramos que el señor alcalde viniera á beber una copa con los obreros.

MAG. Con mucho gusto.

SIMÓN Siento no ser un sabio para expresar al señor alcalde, toda la gratitud que le debe el pueblo, porque todos le estamos agradecidos, ¿no es cierto, compañeros?

TODOS Sí, sí. ¡Viva el señor Magdalena!

MAG. ¡Gracias, hijos míos! En marcha. (El señor Magdalena y los obreros salen por las puertas de cristales.)

SEC. (Que se habrá levantado, vuelve á sentarse frotándose las manos.) ¡Qué popularidad tiene el señor alcalde! Todo el mundo le quiere.

FAUCH. Todos menos yo.

FANT. Y yo.

SEC. ¿Qué dice usted?

FANT. La verdad. El tiene la culpa de mi desgracia, por haberme arrojado de su fábrica, donde ganaba un jornal honradamente.

SEC. El señor Magdalena no interviene nunca en los asuntos del taller de mujeres. ¿Y usted, amigo Fauchelevant, por qué le aborrece?

FAUCH. ¿Por qué? Mire usted, señor Secretario: no niego que ha enriquecido al país, con su endiablado descubrimiento; pero cuando él llegó aquí, con una mochila á la espalda, una cayada en la mano y unos pantalones remendados, era yo patrón de un taller de abalorios, y ahora tengo que portear carros de piedra, para comer. (Aparece Javert en la puerta de cristales.)

ESCENA III

LOS MISMOS y JAVERT

JAV. (A un agente que está en la escalera.) ¡Que quiten de ahí esa carreta! No ven ustedes que dificulta el paso. (Viendo á Fauchelevant.) Apropósito, ¿le parece á usted que el centro de la calle es el sitio más adecuado para descargar adoquines? (A Fantina.) ¿Qué haces tú aquí?

FANT. Vengo á legalizar una firma.

JAV. ¿Tú? ¡La Fantina!

FANT. Sí, señor comisario. Tengo que enviar dinero á los Thenardier, y como éstos suelen quejarse de que se extravía, me han aconsejado que se lo mande directamente al señor alcalde de Montfermeil. Ya usted ve, mi niña...

JAV ¿Tienes una niña?

FANT. Sí; Cossette... ¿Acaso cree el señor Comisario que una mujer de mi clase, no puede tener una hija?

JAV. No.

FANT. Pues si no fuera por ella, hace tiempo que habría buscado en la muerte la felicidad.

SEC. Tome usted el documento.

FANT. Gracias.

SEC. Un franco del papel sellado. (Fantina se lo da.)

JAV. Anda y guárdate de aprovechar estos días de Carnaval para armar escándalos.

FAUCH. Pierda usted cuidado, señor Javert. (Vase)

JAV. Y ahora hablemos nosotros dos, amigo mío. ¿Por qué ha dejado usted el carro en medio de la plaza y tan cerca del hoyo de arena? ¿No ha pensado usted en que puede ocurrir una desgracia?

FAUCH. Señor Javert, no he sido yo, sino los empedradores que no me quieren bien.

JAV. ¿Por qué razón?

FAUCH. Porque no soy amigo del señor Magdalena.

JAV. Pues es preciso apartar el carro de allí antes de descargarlo.

FAUCH. Así se hará, señor Comisario. (En este momento se oyen gritos fuera.)

JAV. ¿Qué gritos son esos? (Acercándose y mirando por la puerta del fondo.) ¡Ah!... Es la Fantina. ¡Ahora verás, miserable! (Sale corriendo por la escalera.)

FAUCH. El señor Javert tiene el carácter enérgico, pero no se puede negar que es un hombre honrado. Además es muy simpático. Tampoco quiere bien al señor Magdalena. Hasta luego, señor secretario: voy á ver al señor Goudron para que venga á contar los adoquines. (Sale por la derecha. En este momento sale Fantina por el cuerpo de guardia, precedida de Javert y conducida por dos gendarmes. También llegan con ella algunos curiosos y otros se quedan mirando á través de las vidrieras del cuerpo de guardia.)

JAV. (A uno de los agentes.) Que le acompañen tres hombres y lleve usted esa mujer á la cárcel.

FANT. ¡A la cárcel!

JAV. Ya tienes para dos meses.

FANT. Dos meses... Eso no puede ser... Yo no tuve la culpa, señor Comisario... Si hubiera usted visto todo lo que pasó... Ese caballero, á quien yo no conocía, me echó un puñado de nieve en la espalda. ¿Tiene acaso nadie derecho para martirizarnos cuando paseamos tranquilamente por la calle? Por eso me exalté, y no fuí dueña de reprimir el primer movimiento. Quizá no habré tenido razón para enfadarme, señor Javert. Pero en el primer pronto no puede una contenerse. ¡Si viera usted qué desagradable es sentir una cosa tan fría de improviso! Yo estoy enferma, señor Comisario: toso mucho, y mis manos arden. Vea usted, tengo calentura. ¡Ah! Siento de veras que se haya marchado ese señor, porque le habría pedido perdón de rodillas. Sí, nada me costaría pedirle perdón.

JAV. Ya dirás todo eso al tribunal.

FANT. No... Usted habla del tribunal para asustar-

me, ¿no es verdad? Es imposible que no se apiade de mi desgracia, señor Comisario. Si usted me llevase á la cárcel, ¿qué iba á ser de mi pobre Cosette? De aquí á tres días tengo que pagar cien francos á los Thenardier, porque si no, despedirán á mi hijita. Usted no sabe qué clase de gente son esos Thenardier. Unos posaderos, unos lugareños que no entienden de razones. Para ellos no hay más que el dinero. No me meta usted en la cárcel, mi señor Javert. Los Thenardier pondrían á mi hija enmedio del arroyo en el rigor del invierno. Tenga usted lástima de mi pobre Cosette, señor Comisario. Si fuera más grandecita, ya podría ganarse la vida, pero no puede aún. Ya usted ve, no tiene más que siete años el ángel de mi alma.

JAV. ¿Has concluído de decirlo todo? Pues á la cárcel. El Padre Eterno no podría impedirlo. (Entra el Señor Magdalena seguido de algunos obreros.) Ahí tienes al señor alcalde.

ESCENA III

LOS MISMOS y el SEÑOR MAGDALENA

MAG. Aguarden ustedes un momento.

FANT. ¡Ah! ¿Eres tú el señor alcalde? (Volviéndose furiosa hacia el señor Magdalena.) ¿Eres tú el virtuoso señor Magdalena? (Volviéndose á los demás.) El es el causante de mi desgracia. Sí; ese viejo, ese villano, ese monstruo tiene la culpa de todo. Sí, señor Javert. Me echó de su casa por habladurías de la inspectora del taller, por chismes de una mujerzuela. ¿No es una infamia despedir á una pobre muchacha que trabajaba honradamente, por el delito de tener una hija?... Desde aquel día no volví á ganar lo suficiente, y de ahí nacen mi desgracia y mi deshonra. Mi Cosette había caído enferma y tuve que mandar di-

nero. Entonces vendí mis vestidos, mis muebles, mis cabellos y hasta mi cuerpo. (Arrancándose violentamente el capuchón y mostrando sus cabellos cortos adornados con flores marchitas y llenas de lodo.) Vean ustedes mi pobre cabeza. ¡Ah, miserable, miserable! ¡Maldito seas! (Le arroja á la cara un puñado de flores. Todos los circunstantes, á excepción del señor Magdalena, que permanece impasible, hacen ademán de indignación.)

JAV. (A los agentes.) ¡Atad á esa bribona!

MAG. Señor Comisario, ponga usted á esa mujer en libertad.

FANT. (Atónita.) ¿Qué dice?

JAV. ¡Eh! ¿Dejarla en libertad?

MAG. Sí.

JAV. Imposible. Esa mujer acaba de abofetear á un caballero.

MAG. Escuche usted, Javert. Yo pasaba por la plaza cuando usted traía á esa infeliz. Había algunos grupos comentando lo ocurrido, y sé perfectamente que no ha sido ella, sino el caballero quien tuvo la culpa.

JAV. Esta mujer acaba de insultar al señor alcalde.

MAG. Eso es cuenta mía.

JAV. Perdone usted, señor alcalde; la injuria no es suya, es á la autoridad.

MAG. La primera autoridad es la conciencia. Acabo de oir á esa desgraciada, y sé lo que me hago.

JAV. Mi deber exige que la detenida vaya á la cárcel.

MAG. Y el mío exige que la ponga usted en libertad.

JAV. Pero permita usted...

MAG. La falta que esa mujer ha cometido es de mi competencia, con arreglo á los artículos 9, 11 y 15 del Código de procedimientos.

JAV. Sin embargo...

MAG. Ni una palabra más. (Javert se inclina y hace señas á sus agentes para que dejen en libertad á Fantina.)

FANT. Pero, ¿es cierto? ¿Es verdad que estoy libre? (Dirigiéndose al señor Magdalena.)

MAG. No sabía una palabra de lo que acaba de decir. Es más: hasta ignoraba que hubiese usted estado en mis talleres, pero repararé el mal. Pagaré sus deudas y haré venir á su hija ó irá usted á buscarla. Volviendo á ser feliz, volverá á ser honrada. Además, si es verdad lo que ha dicho usted, y yo no dudo que lo sea, jamás ha dejado usted de ser honrada, virtuosa y santa á los ojos de Dios.

FANT. (Cayendo desplomada á los pies del ser Magdalena y besándole la mano.) ¡Dios mío! ¿Es posible tanta dicha? ¡Ah! Bendito sea usted, bendito sea. (Solloza y se desvanece.)

MAG. Amigos míos, tengan ustedes la bondad de ayudarme á conducir á esta mujer á la enfermería de la fábrica. Por aquí, por mi despacho. En seguida iré yo. (Salen todos llevándose á á Fantina.)

ESCENA IV

MAGDALENA y JAVERT

MAG. (A Javert que se dispone á marcharse.) Escuche usted, señor Comisario. Acabo de hablarle con alguna violencia, y le suplico que me dispense.

JAV. (Con frialdad.) El señor alcalde estaba en su derecho, pero habrá de permitirme que le diga que es demasido bueno con los criminales.

MAG. Los criminales no son más que desgraciados.

JAV. Los malos son malos siempre, y yo puedo afirmarlo mejor que nadie, porque me crié en presidio. (Mirándole fijamente.)

MAG. ¿De veras? (Palideciendo.)

JAV. Fuí cómitre en... en un presidio del mediodía.

MAG. ¡Ah!

JAV. De manera que conozco á esas gentes que algunas veces se disfrazan de ovejas para engañar á los tontos. (Se oye sonar la campana.)

MAG. Ya van á salir los obreros. (En este momento se oye fuera la voz de Fauchelevant.)

FAUCH. Ea, largo de aquí, holgazanes: yo descargaré el carro.

JAV. Es el tío Fauchelevant que ha traído los adoquines para el empedrado de la plaza. (En este momento se oyen enl a plaza gritos desgarradores de espanto. Magdalena y Javert se lanzan á la ventana.) ¡Se le ha caído la carreta encima.

MAG. ¡Desgraciado! ¡Pronto una palanca!

JAV. Llegará tarde. El carro se hunde en la arena.

VOCES (Dentro.) ¡Socorro! ¡Socorro!

MAG. Amigos míos, veinticinco luises á quien levante la carreta.

SIMÓN (En la escalera) No es la voluntad la que falta, si no fuerza.

MAG. Allá voy yo.

JAV. No he conocido más que un hombre capaz de hacer eso que usted propone, señor Magdalena.

MAG. (Volviéndose.) ¿Quién?

JAV. Un forzado del presido de Tolón.

VOCES ¡Socorro!

MAG. (Mirándole.) ¡Ah! (Se lanza hacia la plaza. Algunos le siguen, oyéndose gritos de espanto.)

OBRERO (En la plaza.) No haga usted eso, señor Magdalena.

JAV. ¿Qué hace? ¡Se van á aplastar los dos! ¡La carreta se mueve! ¡Es increible!

VOCES (Fuera.) ¡Viva el señor Magdalena! (Entra en la escena el señor Magdalena, jadeante, limpiándose el sudor, con los vestidos manchados de nieve y fango.)

MAG. Gracias, gracias, amigos míos.

JAV. (Aparte.) El es. (Alto.) Antes de que usted se vaya, tengo que pedirle que me conceda una licencia de quince días.

MAG. ¿Para qué?

JAV. Para ir á París... Creo haber reconocido, en circunstancias muy extraordinarias, á un antiguo presidiario, reincidente y quisiera denunciarlo.

MAG. ¡Vaya usted!

CUADRO TERCERO

Una tempestad bajo un cráneo

El despacho del Alcalde

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR MAGDALENA y SOR TERESA

MAG. ¿Se le han entregado ya al viejo Fauchelevant los mil francos?

SOR T. Sí, señor: y además acabo de darle una carta de recomendación para la directora del convento de las Carmelitas de París, rogándola que le admita como jardinero.

MAG. Está bien, Sor Teresa. ¿Y cómo sigue nuestra enferma?

SOR T. Un poco mejor. El médico cree que la pobre Fantina se salvaría si pudiera ver á su hija.

MAG. No sé en qué piensan esos Thenardier. Les he escrito tres cartas en quince días reclamándoles á Cosette, y aun no obtuve respuesta. Será preciso que vaya yo mismo á buscar á la niña.

SOR T. ¡Oh, sí, señor Magdalena! Hágalo usted por esa desdichada. Si viese cuánta adoración siente por usted desde el día en que la recogió.

MAG. Todo lo que yo haga por ella, me parece poco. (Viendo á Javert.) ¡Javert!

JAV. (Inclinándose respetuosamente.) ¿Da el señor alcalde su permiso?

MAG. Adelante, Javert. Hermana mía, vuelva usted al lado de Fantina, y dígale de mi parte que mañana iré á buscar á Cosette. (Sor Teresa se inclina y sale.)

ESCENA II

MAGDALENA y JAVERT

MAG. ¿Qué hay, Javert?

JAV. Hay, señor alcalde, que se ha cometido una acción culpable.

MAG. (Dejando la pluma sobre la mesa.) ¿Qué acción es esa?

JAV. Un agente de la autoridad ha calumniado á un superior gerárquico del modo más grave.

MAG. ¿Quién es ese agente?

JAV. Yo.

MAG. ¿Usted?

JAV. Sí.

MAG. ¿Y quién es la autoridad ofendida?

JAV. Usted, señor alcalde.

MAG. ¿Pero qué quiere decir todo esto? ¿Dónde está el acto culpable cometido por usted en contra mía? Usted no me ha ofendido nunca.

JAV. Sí, señor alcalde, y vengo á pedir mi destitución de comisario de policía. Usted dirá que puedo presentar la dimisión de mi cargo, pero esto no basta. Dimitir es honroso. Yo he cometido una falta y debo ser destituído.

MAG. No entiendo ese galimatías. No le comprendo á usted.

JAV. Va usted á comprenderme, señor alcalde; hace seis semanas, y á consecuencia de la disputa que tuvimos sobre aquella muchacha, sobre la Fantina, monté en cólera, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, le denuncié á usted.

MAG. ¡Me denunció!

JAV. A la prefectura de policía.

MAG. ¿Como alcalde que usurpa atribuciones?

JAV. Como antiguo presidiario (Movimiento en Magdalena. Pausa.) Así lo creía entonces. Hace ya tiempo que me dominaba esa idea. Cierta semejanza extraordinaria, la aventura de la

carreta, su vigor muscular, su pierna que cojea un poco... ¡qué sé yo! Tonterías. Pero el caso es que le tomé á usted por un tal Juan Valjean.

MAG. (Sin poder contener su emoción.) ¿Un tal?...

JAV. Justamente. Juan Valjean. Yo había visto á ese hombre hace veinte años en Tolón. Al salir de presidio, parece que Juan Valjean había cometido otro robo á mano armada en una carretera, contra un muchachito saboyano. Es un caso de reincidencia, ya lo sabe usted, y que se castiga severamente. En fin, el hecho es que la cólera me impulsó y que le he denunciado.

MAG. ¿Y qué le han respondido á usted?

JAV. Que estaba loco.

MAG. Y á eso ¿qué dice usted?

JAV. Que tienen razón.

MAG. Bueno es que usted lo declare.

JAV. Por fuerza, puesto que el verdadero Juan Valjean ha sido preso.

MAG. ¡Ah! (Deja caer una hoja de papel que tiene entre las manos y se queda densamente pálido.)

JAV. Diré á usted lo ocurrido. Hace poco tiempo detuvieron á un sujeto llamado Saint Mathieu, por robo de manzanas con escalamiento de muro; y al llevarle á la cárcel de Arras, un antiguo presidiario cumplido, que ahora es calabocero, le reconoció como Juan Valjean. Lo propio afirmaron tres condenados á cadena perpetua, llamados Brevet, Cochepaille y Cheneldieu; la semejanza no cabe duda; idéntico aspecto, idéntica edad, idéntica estatura. En fin, yo mismo, á mi vuelta de París, estuve en Arras, é hice que me presentasen á San Mathieu.

MAG. (Con gran ansiedad.) ¿Y qué?

JAV. Pues la verdad es la verdad. Aquel hombre es, en efecto, Juan Valjean. Yo también le he reconocido.

MAG. ¿Está usted seguro?

JAV. (Riendo forzadamente.) ¿Que si lo estoy? Y por cierto que ahora que he visto al verdadero Juan Valjean, no comprendo cómo he po-

dido llegar á creer otra cosa. (Inclinándose.) Perdóneme usted, señor alcalde.

MAG. ¿Y qué dice ese hombre?

JAV. El asunto es grave. Un robo de manzanas es un delito leve para un individuo cualquiera, pero para un presidiario es un crimen. Escalamiento y robo todo junto. Pero ese canalla de Juan Valjean, es ladino como un zorro viejo. Hace como que no entiende lo que le dicen. Y repite estúpidamente: «Yo soy Saint Mathieu, y soy Saint Mathieu,» y de ahí no sale. Pero no le valdrá su astucia. Hay testimonios y pruebas. La causa se verá mañana en la Audiencia de Arras y allá iré yo como testigo.

MAG. ¿Se va usted?

JAV. Esta misma noche en la diligencia.

MAG. ¿Cuánto tiempo durará la causa?

JAV. Todo lo más un día. Mañana mismo por la noche se dictará sentencia; pero yo no aguardaré el fallo del tribunal y regresaré en cuanto preste mi declaración.

MAG. (Despidiéndole con un gesto.) Está bien, adiós.

JAV. (Sin moverse.) Dispense usted, señor alcalde.

MAG. ¿Qué más hay?

JAV. Aun tengo que recordarle una cosa.

MAG. ¿Cuál?

JAV. Que debe usted destituirme.

MAG. (Levantándose.) Javert, usted exagera su falta. Usted es un hombre de honor, y yo deseo que conserve su plaza.

JAV. Señor alcalde, no puedo acceder á lo que usted me pide. He ofendido á la autoridad en su persona y quiero ser castigado. Si uno de mis subordinados hubiera hecho lo que yo he hecho, le hubiese declarado indigno del servicio y hasta le habría despedido. Yo quiero ser tratado como merezco, porque si no, me consideraría injusto. Para tener prestigio hay que ser inflexible. Señor alcalde, la conveniencia del servicio exige un castigo ejemplar. Pido, pues, la destitución del comisario Javert. (Saluda inclinándose profundamente y se retira. Magdalena se desploma sobre una silla, ocultando su rostro entre las manos.)

ESCENA III

JUAN VALJEAN (1)

JUAN ¿Dónde estoy?... ¿No deliro? ¿Es cierto que he visto á Javert y que me ha dicho todo eso?... ¿Quién puede ser ese Saint Mathieu? ¿Será verdad que se me parece de un modo tan extraordinario? ¡Es inaudito! ¡Inaudito! (Levantándose y paseando con agitación.) ¿Qué hacer? La vista es para mañana. Si quiero ir á Arras no puedo perder un minuto. (Protestando.) Pero, ¿por qué he de ir? ¿Por qué he de denunciarme? Esta idea es absurda, absurda... Calma, un momento de calma, ó me volveré loco. (Reflexionando.) ¡Ah, sí, esto por de pronto! (Tira del cordón de la campanilla y entra la señora Mancel.) Señora Mancel, tenga usted la bondad de ir á casa de Scanfaire y de encargarle que me envíe un cabriolé al anochecer. Necesito trabajar un rato y no quisiera que se me molestara bajo ningún pretexto.

SRA. MAN. Está bien. (Se va.)

JUAN (Delante de la puerta.) Así soy dueño de la situación. En ese coche puedo ir á Arras á entregarme ó á Montfermeil á buscar á Cosette. (Cierra con llave y vuelve á sentarse.) Y ahora tú, mi testigo, mi guía, mi juez; tú que en otro tiempo rescataste mi alma para el bien, aconséjame. Hoy, como entonces, todo está oscuro en el fondo de mi conciencia. Ven, sostenme, ayúdame, ilúminame. Mi primer movimiento cuando Javert me hablaba, fué de alegría, lo confieso. Ese hombre que me acosa hace tanto tiempo, ese hombre que estaba en acecho detrás de mí como el perro en pos de su presa, ya está despistado, absolutamente despistado. Me lo ha dicho él mis-

(1) Los actores están autorizados para reducir este monólogo en la representación.

mo. Ya tiene á su Valjean. De manera que ya estoy en salvo, ya todo concluyó, ya puedo respirar tranquilo. Sí, tú respiras tranquilo. Pero ¿y el otro? ¿Y el inocente? ¿Qué será de él? ¿Qué es lo que habla en tí? El instinto físico, el instinto egoísta. Pero tu razón, ¿qué es lo que dice tu razón? (Pausa.) Mi razón me dice que ha sido preciso un cúmulo de circunstancias casi milagroso, una especie de influencia casi divina para preparar en la sombra ese extraordinario parecido. Yo no he intervenido en nada de lo que sucede.... ¿Serás tú, Dios mío, quien ha dispuesto todos estos sucesos increíbles para salvarme? Sí, sí. ¿Por qué no? (Protestando.) ¡Ah, hipócrita, hipócrita, que quieres convertir en cómplice tuyo al Sér Supremo!... Un hombre justo te ha trazado tu misión en la tierra, ¿pero, cuál? No era seguramente robar la plata, esconder tu crimen, sino expiarle... No era para despistar á la policía, sino para redimir tu alma y para rescatarla del pasado. El mismo te lo ha dicho. Pues entonces, si realizas otro acto infame, no la redimes, porque tu pasado continúa... Sí, vuelves á ser ladrón, el más odioso de los ladrones, porque robas á otro su nombre, su paz, su vida. ¿Qué digo ladrón? Más, mucho más; ¡eres asesino, el asesino de un alma! ¿Quieres tú ser ese ladrón, ese asesino? ¡Ah, no, no! Entonces no vaciles más. Anda, vé, libra á ese hombre, entrégate, denúnciate.» (Bajando la cabeza.) ¡Me denunciaré! (Cayendo sobre la mesa.) ¡Me denunciaré! ¡Ah, cuánto sufro, cuánto sufro! La fiebre me abrasa. ¡Me ahoga! (Se levanta y va vacilando hasta la ventana, la abre y respira con ansia el aire fresco.) ¡Con qué delicia respiro el aire fresco! (Después de un instante de vacilación vuelve hacia la mesa y se detiene de pronto como asaltado por un pensamiento.) ¡Ah! Pero, ¿y Fantina? Yo olvido á esa pobre mujer: me olvido de todo. Hasta ahora no he pensado más que en mi conveniencia. Salvar mi cuerpo ó salvar mi alma, ser un

magistrado despreciable ó un presidario sublime, es decir, ¡yo y siempre yo! Pensemos ahora en los demás... Si me denuncio me prenden y sueltan á Saint Mathieu, esto es indudable, pero, ¿y después, qué es lo que ocurre aquí? ¡Ah! Aquí hay un pueblo, una industria, fábricas, obreros, viejos, mujeres, niños, pobres gentes. Yo he creado todo este bienestar, yo he hecho vivir todo esto. Si desaparezco, ¿qué sucederá? Desapareciendo yo, todo muere, esto es evidente. ¿Y esa infeliz mujer de cuya desgracia soy responsable, aunque involuntariamente? ¿Y la pobre niña víctima de esos miserables Thenardier? Si yo desaparezco morirá la madre y la niña quedará sin protección. Y tantas ruinas, y tantas desolaciones, ¿por qué? ¿Por quién? ¡Por un mendigo, por un vagabundo que no será más infortunado en presidio que lo es en libertad! ¡Ah, no, no! Tú mientes, tú mientes. He ahí un hombre, un pobre viejo, sobre quien recae una fatal semejanza como un crimen, que va á ser confundido contigo, que va á ser condenado por tí, y que va á concluir sus días en la abyección y en el horror. Y tú, quédate de señor alcalde, quédate de persona honrada y respetable. Anda, vive feliz, virtuoso, admirado y hasta adorado de muchos, y durante todo ese tiempo, mientras estés tú aquí en la alegría y la luz, habrá otro que vestirá la chaqueta roja, que llevará tu nombre de ignominia, y arrastrará tu cadena en presidio. ¡Sí, todo esto está admirablemente combinado! ¡Ah, miserable, miserable! (Estremeciéndose con espanto.) ¿Quién me ha llamado miserable? (Pausa. Se tranquiliza un poco y se enjuga el sudor de la frente.) No, no lo soy. ¡Basta de cobardía! Mañana estaré en Arras y dentro de un mes en presidio. ¡Todo ha concluido! Digamos adiós á esta existencia tan buena, tan pura, tan radiante... Ya no iré más á pasearme al campo, ya no oiré cantar á los pájaros en los árboles, ya no daré una moneda á los pequeñuelos, ya no dor-

miré en un lecho mullido, ya no escribiré más en esta mesa. En vez de todo eso, el presidio, la argolla, el calabozo, el cepo y la promiscuidad horrible de los criminales. ¡Y á mi edad! (Cubriéndose la cabeza con las manos.) ¡Es demasiado, demasiado! No puedo, no puedo. (Cayendo de rodillas.) Mi juez, mi Dios, ten piedad de mí. Yo no sé si es necesario este sacrificio. pero ya ves que es imposible. (Con la frente apoyada en el respaldo de la butaca, solloza lastimosamente) ¡No puedo, no puedo!

CUADRO CUARTO

El tribunal de Arrás

ESCENA UNICA

EL PRESIDENTE, EL FISCAL, SAINT MATHIÈ, entre dos Gendarmes. Abogados, Jueces, Testigos y el Público. Después CHENELDIEU, COCHEPAILLE y BREVET. Luego JUAN VALJEAN

FISCAL — Señores magistrados: Acabais de oir á los testigos, entre los cuales se encuentran personas respetables. No sólo tenemos en nuestra presencia á un merodeador de fruta, tenemos en nuestro poder á un licenciado de presidio, un criminal de los más peligrosos, un malhechor llamado Juan Valjean, á quien la justicia persigue hace ya mucho tiempo, por el delito de robo á mano armada en la persona de un muchacho llamado Gervasillo; crimen previsto en el artículo 383 del Código penal, y respecto de cuyo delito nos proponemos perseguirle ulteriormente cuando haya quedado probada su identidad de una manera jurídica.

PRES. — Acusado, levántese usted. (Los Gendarmes obligan á Saint Mathiè á levantarse. Este hace un movimiento como quien se despierta después de un sueño

y mira atónito á su alrededor.) ¿Tiene usted algo que decir en su defensa?

SAINT M ¿Que si tengo algo que decir? ¡Está claro! Que fuí carretero en París, y que lo fuí también en casa del tío Balup... Es un oficio de perros... En invierno se pasa tanto frío, que se golpea uno las manos para entrar en calor, pero los maestros se quejan diciendo que así se pierde el tiempo... Andar sobre un carro y descargar al aire libre cuando hay hielo en las piedras es muy duro. En semejante faena, pronto se gasta un hombre; y luego, son tan malos los patronos... Cuando un pobre no es ya joven, le llaman viejo, tonto, burro viejo y otras cosas por el estilo. Yo no ganaba más de un franco: me pagaban lo menos que podían, aprovechándose de mi edad... Tuve una hija conmigo que era lavandera en el río, y entonces lo pasábamos mejor. Su marido no era bueno, la zurraba sin compasión, por costumbre. Se murió pronto. Ya se ve, cuando se come poco y se trabaja mucho...

PRES. Acusado, responda usted á las preguntas que se le han hecho. Se halla usted en una situación en que es preciso contestar con toda claridad. Acusado, en interés suyo, le interpelo por última vez. Explique usted claramente estos dos hechos: Primero, ¿ha saltado usted la tapia de la heredad de Pierron, sí ó no? ¿Es cierto que tronchó usted una rama del árbol y robado las manzanas, es decir, que ha realizado el robo con escalamiento? Segundo: ¿es usted el presidario Juan Valjean, sí ó no?

SAINT M. (Atónito y mirando á todos lados) ¡Vaya unas preguntas! ¡Que yo no soy yo, que soy otro! ¿Es que se burlan ustedes de mí?

FISCAL (Con voz severa.) Acusado, atienda usted bien. Usted no responde á nada de lo que se le pregunta, y ese sistema de negativas agrava su situación. Es evidente que usted no se llama Saint Mathiè; que usted es el procesado Juan Valjean y que hace muchos años

ocultó su verdadero nombre para despistar á la justicia. Es evidente también que ha robado las manzanas en el huerto de Pierron. Estos dos hechos están plenamente comprobados.

SAINT M. Yo no he robado nunca nada. Voy á decir lo que quería decir, pero no me ocurría al pronto. No sé explicarme... Ya saben que fuí carretero y que no sé leer ni escribir. No tengo que comer todos los días, y como venía de camino, después de un turbión que había desgajado los árboles, encontré por tierra una rama tronchada de manzanas; la cogí sin pensar que me traería tantos disgustos. Tres meses hace que estoy preso y que me llevan de acá para acullá como arcaduz de noria. Ustedes hablan contra mí y me dicen: «Responda usted á esto y á lo otro», y no sé qué decir. El gendarme que tengo al lado, y que es un buen muchacho, aunque tiene la mano dura, me empuja con el codo diciéndome: «Responde, imbécil.» Yo no sé explicarme... yo no he hecho estudios... yo no tengo letras como los señores. Me hablan ustedes de cierto Juan Valjean. Pues bien: no le conozco. No tiene uno obligación de conocer á todo el mundo. ¿Me preguntan ustedes por mi familia? Pues ya no la tengo. Mi hija está enterrada en el cementerio del Padre Lachaisse, en el hoyo grande, en la fosa común, en la de los pobres. ¿Quieren saber el nombre de mis padres? No los conocí. No todos tienen casa donde venir al mundo cuando nacen. Creo que mi padre y mi madre eran gentes que andaban por los caminos, y no sé más. Cuando era chico me llamaban el pequeño, y ahora me llaman el viejo. Les repito que no he robado nada. Pobre, bien; pero ladrón, ¡nunca! ¿Acaso no roban más que los miserables? Pues yo sé de patronos ricos que explotan el sudor de los trabajadores. ¿No es esto robar? ¿No es esto contra la ley de Dios? ¿Sí? Pues nadie los busca ni los detiene. (El

Presidente toca la campanilla.) ¡Cá, al contrario! se les adula, se les considera, y la policía se quita la gorra cuando pasa por delante de ellos. ¡A mi maestro le nombraron síndico del Ayuntamiento de París! Así, como lo digo, señor Presidente. ¡Ea, ya me fastidian con sus preguntas! (Exaltándose cada vez más) ¿Por qué se han de revolver todos ustedes contra un hombre de bien? Esto no es justo, no, señor. ¿Qué motivo hay para que tan encarnizadamente se me persiga? ¿Cuándo se ha visto que se trate á un pobre hombre con tanta dureza? ¿Eres ladrón, eres criminal, eres presidario cumplido? No te llamas Saint Mathiè, sino Juan... Juan no sé qué... ¡Vaya, esto es demasiado! Un santo se encolerizaría. ¿No saben ustedes que he pasado hambre? Entonces, ¿por qué no me sueltan? ¿No se encuentra un corazón generoso en esta sala? ¡Cuando digo que hay para perder el juicio y renegar de todo!..

PRES. Acusado: guarde usted compostura, ó los gendarmes se la harán guardar.

SAINT M. Corriente. Ya me callo: no diré una palabra más. Que me lleven á presidio, que me decapiten si quieren: pero que no me llamen ladrón. ¿Qué necesidad hay de insultar á un hombre delante de tanta gente? (Se sienta y se oyen murmullos en el público.)

FISCAL Señor Presidente: en vista de las denegaciones confusas del acusado, que como acabamos de ver pretende pasar por idiota, pido que sin más preámbulos comparezcan de nuevo ante el Tribunal los condenados Brevet, Cochepaille y Chenaldieu, y se les interpele por última vez acerca de la identidad del reo con la persona del presidiario Juan Valjean.

PRES. Que entren los testigos. (Sale un Ugier y pocos momentos después entran Chenaldieu, Brevet y Cochepaille, conducidos por gendarmes.—Dirigiéndose al acusado:) Levántese usted.

SAINT M. ¿Otra vez? (Levantándose. Risas en el público.)

PRES. ¡Orden! Chenaldieu, usted ha sufrido pena

infamante y no puede prestar juramento. ¿Declara usted que ese hombre es su antiguo compañero Juan Valjean?

CHEN. Sí, señor Presidente. Yo fuí el primero que le reconoció é insisto en ello. Ese hombre es Juan Valjean, que salió del presidio de Tolón en 1815. Ahora tiene el aspecto de un bruto, pero con nosotros era muy socarrón.

PRES. Y usted, Cochepaille, ¿le reconoce también?

COCH. Vaya si le reconozco, señor Presidente. Hemos pasado cinco años juntos, amarrados á la misma cadena. ¿Te enojas porque lo recuerde, compañero?

PRES. ¿Y usted, Brevet?

BREVET Señor Presidente: ese hombre es Juan Valjean. En presidio le llamábamos Juan el recio, por lo fuerte que era.

SAINT M. ¡Esta sí que es buena! (Mirando al presidiario.)

PRES. Acusado: ya ha oido usted á los testigos. ¿Qué tiene que contestar?

SAINT M. (Riéndose.) Digo, ¡qué esta si que es buena! (Rumores de indignación en el público.)

PRES. Ugieres, hagan guardar compostura al público. Se va á terminar la vista. (En este momento Juan Valjean, que ha entrado por una puertecilla del lado del Tribunal y ha escuchado las declaraciones de los presidiarios.)

JUAN ¡Chenaldieu, Cochepaille, Brevet, mirad aquí!

VOCES (En el público.) ¡El señor Magdalena! (Los jueces se levantan y miran con asombro á Juan Valjean.)

JUAN ¿No me reconoceis? (Los tres presidiarios le miran y hacen señales negativas con la cabeza.) Pues bien: yo os reconozco perfectamente. ¿Te acuerdas Cochepaille?... (Después de vacilar un momento.) ¿te acuerdas de aquellos tirantes amarillos que llevabas en presidio?

COCH (Volviendo á mirarle con asombro.) ¡Qué dice ese hombre!

JUAN Y tú, Chenaldieu, á quien llamábamos en presidio «Niega á Dios», ¿no es verdad que tienes en el hombro derecho una profunda quemadura, porque un día quisiste borrar con un hierro candente las letras T. O. y F.

que aún debes de llevar grabadas en la piel? Contesta: ¿no es verdad?

COCH. Es cierto.

JUAN Y tú, Brevet, ¿no te marcaste también en el brazo izquierdo, cerca de la sangría, una fecha con pólvora quemada? Esa fecha, es la del día del desembarco del Emperador Napoleón en Cannes. «Primero de Marzo de 1815.» Levántenle la manga de la chaqueta.

BREVET (Levantándose la manga.) Aquí está.

GEN. (Mirando el brazo desnudo.) Es verdad. (El auditorio lanza una exclamación de asombro.)

JUAN (Con voz tranquila.) Señores magistrados: ese hombre es inocente. Señor presidente: mandad que me detengan. El criminal que ustedes persiguen no es Saint Mathié, sino yo. ¡Yo soy Juan Valjean!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Sor Teresa

Una habitación en la enfermería. En el fondo de la derecha la puerta de la celda de Sor Teresa. En la izquerda, en un ángulo del muro, una gran ventana, á través de la cual se ven los techos de las casas. En primer término del mismo lado, la puerta de entrada, y enfrente de ella la cama donde está acostada Fantina. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FANTINA, SOR TERESA y el DOCTOR LAME

SOR T. (A Fantina.) ¿Cómo se encuentra usted, hija mia?

FAN. Mejor. Quisiera ver al señor Magdalena. (Tose débilmente.)

SOR T. (En voz baja al Doctor.) No hace más que repetir esas mismas palabras todo el día. ¿Qué debo responderle?

LAMÉ Hay que avisar al señor alcalde. La enferma no está bien.

SOR T. El señor Magdalena no está en el pueblo desde ayer, y Fantina ha pasado toda la

noche muy agitada: ahora parecía más tranquila, porque supone que el señor alcalde ha ido á buscar á su hija.

FAN. ¿Por qué hablan ustedes en voz baja? ¿Qué sucede? (Incorporándose en la cama.)

SOR T. Cálmese usted, hija mía: procure descansar ahora, y no hable. Vamos, yo se lo ruego.

LAMÉ (En voz baja.) Dígale usted que el señor Magdalena está ocupado en el Ayuntamiento.

SOR T. Yo no puedo mentir, señor Doctor. La religión me lo prohibe. (Aproximándose á Fantina.) El señor alcalde está ausente.

FAN. ¿Ausente? (Con alegría.) Entonces ya sé dónde ha ido. A buscar á Cosette, á mi hija. Perdóneme usted, hermana. Hace un momento he alzado la voz, pero no lo haré más. Estoy tan alegre ahora. Dios es bueno, y el señor Magdalena también lo es. Figúrese usted que ha ido á Montfermeil por Cosette, por mi hija.

SOR T. La repito que sea razonable y que procure descansar un rato. Estese quietecita y vuélvase á echar.

FAN. Sí, yo haré todo lo que usted me mande, Sor Teresa. El señor Doctor dejará que la acueste á mi lado en una camita, ¿no es verdad? Ya verá usted, cuando despierte por la mañana, la daré los buenos días, y por la noche, como no duermo, la sentiré dormir á ella. ¡Tiene una respiración tan dulce, y me hará tanto bien el oirla!...

SOR T. Todo vendrá á su tiempo, hija mía. Lo importante ahora es recobrar fuerzas y tranquilizar el ánimo. Ya que usted es feliz en este momento, obedézcame y no hable más.

LAMÉ Deme usted la mano.

FAN. ¿El pulso? ¿Y para qué? ¡Si ya estoy buena! ¿No ve usted que dentro de poco llegará Cosette? ¿Verdad que ya estoy buena, Sor Teresa?

SOR T. Sí, ya está usted mucho mejor.

LAMÉ ¡Ya lo creo! Conque hasta luego, y juicio. (Va á la mesa y escribe una receta. Sor Teresa se sienta al lado de la cama y empieza á hacer crochet.)

FAN. ¡Cuando dormía á Cosette la cantaba una canción! A ver si la recuerdo. Sí, esta es. (Canta dulcemente hasta quedarse dormida.)

Azul es el lirio (1)
y verde el rosal,
sus flores en Mayo
rosadas serán.

—

La Virgen María
me fué á visitar,
con manto bordado
y de oro el sayal.

—

En mi velo, dijo,
envuelto verás
el niño que un día
me fuiste á implorar.

—

Azul es el lirio
y verde el rosal:
más bello es el hijo
que yo te he de dar.

ESCENA II

LOS MISMOS y JUAN VALJEAN, que entra en el momento de quedarse dormida

SOR T. ¡Por fin, dormida! ¡Ah! ¿Es usted, señor alcalde? Le aguardábamos con impaciencia. ¡Qué pálido está! ¿Se encuentra enfermo? ¿Qué le ha sucedido?

JUAN No he podido venir antes. ¿Cómo sigue esa pobre mujer?

SOR T. No está mal en este momento. Pero ayer estuvo muy agitada. Pasó toda la noche delirando. Pero ahora descansa tranquilamente. La infeliz supone que el señor alcalde

(1) La artista puede suprimir esta canción si lo juzga necesario.

ha ido á Montfermeil en busca de su hija. No sabe usted la alegría que le ha causado esta suposición. Hace poco creímos que se iba á volver loca de contento. ¿Es cierto que viene usted de allí?

JUAN No: vengo de Arrás.

SOR T. ¡Pobre Fantina! Ahora que le va á ver á usted solo, ¿qué le diremos?

LAMÉ ¿Cuándo podrá venir la niña?

JUAN Dentro de dos días.

SOR T. ¿Y qué le vamos á decir cuando se despierte? ¡Ah, Dios mío! Temo que al no ver á su hija va á sufrir una sacudida violenta.

LAMÉ Le diremos que no ha regresado el señor Magdalena.

JUAN No: es preciso que le hable en seguida. (Se acerca al lecho de Fantina y la coge una mano.)

FAN. (Se despierta sonriente y dice:) ¿Y Cosette?

SOR T. ¡Siempre la misma idea!

FAN. ¿Dónde está? ¿Por qué no la han subido sobre la cama para que yo la viese al despertarme?

LAMÉ Hija mía, cálmese usted; su niña está ahí.

FAN. (Devorando la puerta con los ojos.) Entonces, tráiganmela ustedes.

LAMÉ Todavía no. Aún tiene usted un poco de calentura y la presencia de su hija la agitaría.

FAN. Ya estoy curada. Le repito á usted que estoy curada. ¡Quiero ver á mi hija!

LAMÉ ¿Ve usted cómo se exalta? Mientras esté así, me opondré á que vea usted á su hija. Cuando sea razonable se la traeré yo mismo.

SOR T. ¿No me ha prometido usted obedecerme en todo cuanto la mande? Pues yo le ruego que tenga juicio.

FAN. Lo tendré, sor Teresa: se lo prometo. No se enfade usted conmigo.

SOR T. (Acariciándola.) No me enfado: ya sé que sus vehemencias son muy naturales.

FAN. Y usted también, señor doctor, perdóneme usted. Esperaré: esperaré todo el tiempo que quieran, pero les juro que no me hubiera hecho daño ver á mi hija, ¿sabe usted? Si

me la trajeran ahora me pondría á hablar con ella tan tranquila. No tengo calentura, pero, en fin, por darle gusto voy á hacer como si estuviera enferma.

LAMÉ Así me gusta. (Da la receta á sor Teresa y sale.)

FAN. (Volviéndose hacia Juan Valjean y con acento muy cariñoso.) ¿Le ha parecido á usted bonita, señor alcalde? Habrá tenido frío en la diligencia, ¿no es cierto? ¿No me la podrían traer un momento, un momento siquiera? Ya no me conocerá la pobrecilla. Las criaturas son como los pájaros, no tienen memoria.

JUAN Cosette es hermosa y está buena, y la verá usted muy pronto: pero cálmese usted.

FAN. ¡Qué felices vamos á ser! (Javert aparece en la puerta y Fantina, al verle, lanza un grito.) ¡Ah! (Abrazándose á Juan Valjean.) ¡Sálveme usted, señor Magdalena!... ¡Ampáreme usted, hermana mía!

ESCENA III

LOS MISMOS y JAVERT

JUAN Tranquilícese, hija mía. No viene por usted. (A Javert.) Estoy á sus órdenes.

JAV. ¡Andando!

SOR T. ¡Señor Magdalena! ¿Qué significa esto?

JAV. Sor Teresa, usted que no ha mentido nunca, no puede dar ese nombre á un miserable, á un presidiario. (Sacando un papel del bolsillo.) Aquí está la orden de arresto, firmada por el señor juez de Arrás. Conque, vamos.

SOR T. ¿La orden de arresto contra el señor alcalde? Pero ¿estoy soñando? ¡No: esto no es posible! Usted es víctima de alguna espantosa alucinación, señor comisario. ¿Presidiario él? ¿Presidiario el mejor y el más compasivo de los hombres? ¡No: repito que esto no puede ser!

JAV. Hermana, es usted demasiado buena para comprender hasta dónde llega la audacia de ciertos criminales.

JUAN ¡Javert!

JAV. Llámeme señor comisario.

JUAN (En voz baja) Señor comisario, tengo que hacer á usted una súplica.

JAV. ¡Alto!... A mí se me habla alto, ¿entiendes?

JUAN Concédame usted dos días para ir á buscar la criatura de esa infeliz mujer... Pagaré lo que sea preciso. Usted me acompañará, si gusta. (En voz baja.)

JAV. (Riendo ferozmente.) ¿Tienes ganas de reir? Me pides dos días para escaparte, y dices que es para ir á buscar la hija de esa bribona. ¡Qué cosa más chusca!

FAN. (Incorporandose en la cama.) ¡Mi hija! ¿Ir á buscar á mi hija? ¡Luego no está aquí! Yo quiero ver á Cosette, señor alcalde. Hermana, respóndame usted. ¿Dónde está mi hija? ¡Pronto, mi hija!

JAV. Miren la otra por dónde sale. ¡Qué alcalde ni qué niño muerto! Aquí no hay más que un ladrón, un presidiario llamado Juan Valjean. ¡Eso es lo que hay! (Agarrándole por le cuello.)

FAN. ¡Ah! (Lanza un grito, se incorpora con el espanto retratado en los ojos y por último, cae desplomada en la cama.)

SOR T. (Cayendo de rodillas.) ¡Misericordia, Señor!

JUAN (Se hiergue, separándose, con violencia, de las garras de Javert.) Acaba usted de asesinar á esa mujer.

JAV. (Retrocediendo intimidado por la actitud de Juan.) Concluyamos. Los Gendarmes están abajo.

JUAN (Acercándose á la cama y arrancando uno de los barrotes de hierro.) Le aconsejo á usted que no me distraiga en estos momentos.

JAV. (Desconcertado.) ¿Qué dices?

JUAN Tengo que hacer un juramento sobre este cadáver. Esperadme ahí fuera. No quiero que nadie profane mis oraciones.

SOR T. Yo se lo ruego también, señor comisario. (Entra en la celda.) ¡Sea usted compasivo! En todo esto hay un error, que Dios aclarará muy pronto.

JAV. La celda de Sor Teresa no tiene salida. (Mi-

rando desde la ventana.) Cuarenta pies de alto. Te concedo dos minutos.

JUAN (Señalando la puerta.) ¡Salga usted! (Javert sale.) Fantina, yo te juro que Cosette será dichosa, aun á costa de mi vida. (Arregla la almohada, cierra los ojos al cadáver, después se arrodilla cerca de ella, levanta dulcemente una mano de la muerta, la besa y la coloca en el lecho. Después se levanta y se dirige hacia la celda.) ¡Sor Teresa!

SOR T. (Sale. Juan saca de su cartera varios billetes de Banco, que entrega á la Hermana.)

JUAN Hermana, tome usted para el entierro de esa pobre mujer: el resto lo dará usted á los pobres. (Coge su sombrero y da dos pasos hacia la puerta.)

SOR T. ¿Dónde va usted?

JUAN A entregarme á la policía.

SOR T. (Atónita.) ¡A entregarse! ¿Luego es cierto lo que dice ese hombre?

JUAN (Bajando la cabeza.) ¡Es cierto!

SOR T. ¿Usted un criminal? ¿Usted un antiguo presidiario?

JUAN ¡Sí, Sor Teresa!

SOR T. Pues bien: yo no quiero que usted se entregue.

JUAN ¿Qué dice usted?

SOR T. ¡La verdad! Vivo alejada del mundo y desconozco sus leyes; pero las leyes divinas, las únicas que yo profeso, me impulsan á amparar su fuga. Si mi acción es buena ó mala, Dios decidirá en su día, y á su fallo me someto. ¡No tengo otro juez! ¡Pronto!... ¡Aquí! ¡En mi celda! (Empuja á Juan Valjean hacia el ángulo que hace la puerta de su celda y le oculta dentro de ella.) Ahora, ¡que entren!

JAV. No está. (Mirando á todos lados.)

SOR T. Acaba de huir.

JAV. ¿Por dónde? Usted que es una santa mujer, dígame por dónde ha huído.

SOR T. (Señalando la ventana.) Por allí.

JAV. ¿Por los tejados?

SOR T. Hace un momento.

JAV. Le atraparemos. Rodead la calle. (Sale dirigiendose á los Agentes que quedan á la puerta.)

JUAN (Se arrodilla delante de Sor Teresa.) ¡Que Dios le premie á usted esta mentira en el Paraíso, hermana mía!

SOR T. ¡Y que El le ampare á usted sobre la tierra!

CUADRO SEGUNDO

La huérfana

Un bosque cerca de Monfermeil. A la derecha una fuente que sale de una roca. Noche muy obscura

ESCENA UNICA

COSETTE y JUAN

COS. (Llega por el fondo con un cubo y entra en escena muy asustada.) Tengo miedo, un miedo muy grande. De día no me asustan los árboles, pero de noche... ¿Qué hay allí? ¡Un fantasma! (Escondiéndose detrás del cubo.) ¡No!... ¡Es un álamo! ¡Qué frío tengo! ¡Ya está aquí la fuente! A llenar, á llenar á escape. (Pone el cubo debajo de la fuente.) ¡Cómo se queja el agua! ¡Parece que también tiene miedo! (Tratando de levantar el cubo.) ¡No puedo con él! ¡Es tan pesado!... (Da unos pasos y vacila.) Se me va á verter el agua. (Aparece Juan Valjean.)

JUAN ¿Qué haces, hija mía?

COS. Verter un poco de agua. ¡Pesa tanto el cubo!...

JUAN Sí, en efecto. Dame, te lo llevaré yo.

COS. Gracias.

JUAN ¿Cuántos años tienes, chiquita?

COS. Ocho años, señor.

JUAN ¿Dónde vives?

COS. En Montfermeil, aquí al lado.

JUAN ¿No tienes madre?

COS. No lo sé. Me parece que no. Las demás ni-

ñas sí la tienen, pero yo creo que nunca he tenido madre.

JUAN ¿Cómo te llamas, hija mía?

COS Cosette.

JUAN (Estremeciéndose.) ¡Ah!... ¿Y quién es la persona que te envía al bosque?

COS. La señora Thenardier.

JUAN ¿La Thenardier?

COS. Sí, señor; mi ama. La dueña del mesón.

JUAN ¿No hay criada en casa de la señora Thenardier?

COS. No, señor.

JUAN ¿Estás sola?

COS. Hay otra chica, Eponina, la hija de la señora; pero ésta no trabaja, juega con sus muñecas.

JUAN ¿Y tú sí?

COS. Todo el día. A veces, cuando he concluído mi trabajo, juego yo también.

JUAN Pues voy á cenar á casa de tu ama. ¿Quieres enseñarme el camino?

COS Con mucho gusto.

JUAN Vamos.

COS. Por aquí, señor, por aquí. (Vanse.)

CUADRO TERCERO

El salvador

Una sala baja de la taberna. Puerta al fondo y á la derecha. Mesas, botellas, vasos

ESCENA PRIMERA

LA THENARDIER, está limpiando los vasos al levantarse el telón. THENARDIER, CLAQUESUS y MONTPARNASE beben sentados alrededor de una mesa

LA THEN. ¿Por dónde andará esa holgazana? De fijo que estará entretenida en la feria... (Acercán-

dose á su marido.) Escucha: mañana mismo pongo á Cosette de patitas en la calle.

THEN. Mañana es muy fácil que nos pongan á todos.

MONT. ¿Qué sucede?

THEN. ¡Lo de siempre! Que he firmado un pagaré de quinientos francos y que no tengo un cuarto.

CLAQ. (Bebiendo.) Pues cuando no hay dinero, no se paga.

THEN. ¿Y decir que este maldito oficio no produce lo suficiente para comer? (Bebe.)

MONT. Es que bebes demasiado, amigo Thenardier.

CLAQ. ¡Algo ha de hacer uno!

ESCENA II

LOS MISMOS; JUAN y COSETTE, que aparecen en la puerta del fondo, que estará entreabierta

COS. (Cogiendo el cubo.) Deme usted el cubo. Aquí hay un señor que viene á cenar.

LA THEN. ¡Un señor! ¿Y te has entretenido charlando con él? Ahora verás lo que te espera. (Dirigiéndose furiosa hacia la niña. Juan se interpone.)

JUAN Dispénsela usted, señora. En efecto ha sido mía la culpa.

LA THEN. Lleva el cubo á la cocina. (Cosette entra y sale en seguida.) ¿Qué desea usted, caballero?

JUAN Cenar.

LA THEN. ¿Cenar y dormir?

JUAN Cenar solamente.

LA THEN. ¿Qué quiere usted que le sirva?

JUAN Cualquier cosa; pan y queso.

THEN. (A los bebedores.) Es un mendigo.

LA THEN. Tome usted, buen hombre. (Sirve á Juan. Cosette hace calceta acurrucada cerca de la mesa donde está Juan Valjean. En este momento entra Eponina muy bien vestida.)

EPON. ¡Mamá! ¡Mira qué bonita! (Enseñándole una muñeca.)

LA THEN. ¡Ah! ¿Eres tú? Ven, hija mía. (La abraza y la acaricia los cabellos dulcemente.)

COS. (Deja la calceta y se queda mirando la muñeca.) ¿Es una señorita?

LA THEN. (Volviéndose á ella.) ¿Eh? ¿Es así como tú trabajas? Yo te haré trabajar á latigazos, holgazana. (Levantándose y cogiendo unas disciplinas.)

JUAN (Deteniéndola.) No la castigue usted, señora.

LA THEN. Es preciso que trabaje, puesto que come. Yo no la mantengo para que no haga nada.

JUAN ¿Qué hace ahora?

LA THEN. Unas medias, señor mío; unas medias para mi Eponina, que está sin ellas como quien dice, y que no va á quedarse con los pies desnudos.

JUAN ¿Y cuando acabará de hacer ese par de medias?

LA THEN. Aun tiene tarea para tres días esa haragana.

JUAN ¿Cuánto puede valer ese par de medias?

LA THEN. Lo menos un franco.

JUAN ¿Quiere usted cedérmelas en cinco?

THEN. ¿Eh? (Mirando al viajero.)

CLAQ. Vaya un negocio. (Riéndose.)

LA THEN. Si es capricho de usted, se le dará ese par de medias en cinco francos.

THEN. (Acercándose.) Aquí no se niega nada á los viajeros. Pero sería preciso pagar en seguida. (Mirándole con desconfianza.)

JUAN Pues bien, yo las compro y además las pago. (Da una moneda á Thenardier.) Ahora tu trabajo es mío. Anda, vé á jugar, hija mía. (A Cosette.)

THEN. ¿Quién es este hombre?

COS. Señora, ¿es verdad que puedo ir á jugar?

LA THEN. (Furiosa.) ¡Juega!

COS. Gracias, señora. (Saca de una caja algunos trapos viejos y se pone á jugar con ellos.)

THEN. (Acercándose á Montparnase.) He visto millonarios que llevaban levitones como ese. (Escribe en la pizarra.)

LA THEN. Mi marido tiene razón. Ese hombre puede ser un banquero. Hay ricos muy extravagantes.

THEN. (A su mujer.) Pronto, llévale una servilleta, ponle un mantel, una bugía y una botella

de vino. (Le da una pizarra.) Después le darás esto.

LA THEN. (Limpiando la mesa.) Ya ve usted, caballero, yo bien quisiera que la niña jugase, pero no siempre se puede. Los que nada poseen tienen precisión de trabajar.

JUAN ¿No es de usted esa niña?

LA THEN. ¡Cá, no señor! Es una infeliz que hemos recogido por caridad Hacemos por ella lo que podemos, pero se puede tener corazón y pocos recursos, ¿no le parece á usted, caballero? Su madre no valía gran cosa y nos debe más de cien francos. Nosotras tenemos tambien muchas obligaciones, ya ve usted mi Eponina (Señalándola.) y Gavroche, su hermano que ahora duerme allí, en su camita.

JUAN ¿Y si la desembarazasen á usted de ésta?

LA THEN. ¿De quién? ¿De Cosette?

JUAN Justo.

LA THEN. Con mil amores. Los tiempos están muy malos. Y luego pasan por aquí tan pocas gentes acomodadas... Si de vez en cuando no nos enviara la Providencia algún viajero rico y generoso como el señor, ya hubiéramos tenido que cerrar el mesón. Mire usted, esa chica nos cuesta los ojos de la cara.

JUAN Bueno, pues yo me la llevo.

THEN. (Acercándose.) ¿Y los cien francos que se nos debe?

JUAN Se pagarán.

LA THEN. Entonces, mi buen señor, tómela usted al instante, póngala en azúcar, rellénela de trufas, cómasela á besos y bendígale la Virgen María y los innumerables santos de la corte celestial.

JUAN Pues está dicho: me la llevo.

LA THEN. ¿De veras? ¿Se la lleva usted?

THEN. Pagando antes, por de contado.

JUAN Naturalmente.

LA THEN. Siendo así, ahora mismo.

JUAN Llame usted á la niña.

LA THEN. ¡Cosette!

JUAN Toma esto, hija mía, y vé á vestirte.

COS ¡Un vestido nuevo! En seguida. (Sale muy alegre.)

JUAN ¿Qué le debo á usted?

LA THEN. (Mirando á su marido.) ¡A ver! (Hace como que lee en la pizarra.) Diez francos. Sí, señor; son diez francos: ocho por el mantel el vino y la luz, y dos por la cena.

JUAN (Sacando del bolsillo dos monedas.) Aquí están. (El marido, que ha seguido con interés toda esta escena, se acerca en este momento.)

THEN. El señor no debe más que medio franco.

LA THEN. (Sin comprender.) ¡Cómo!

THEN. Sí, medio franco por el pan y el queso. En cuanto á la chica, necesito hablar un poco con el señor. (Acercándose y hablando en voz baja con su mujer y á los bebedores.) Dejadme: es preciso que yo averigüe quién se oculta bajo ese levitón. (Salen todos por la derecha.) Mire usted, caballero, tengo que decirle que yo idolatro á esa criatura.

JUAN (Mirándole fijamente.) ¿Cuál criatura?

THEN. Es una cosa rara, ¿verdad? Pues qué quiere usted, soy así. He tomado cariño á la niña, sí, señor, la quiero más que á la mía. Conque recoja usted su dinero.

JUAN ¡Eh!

THEN. Usted quiere llevársela, pero yo no puedo permitirlo. La he visto tan pequeñita... Cierto es que no tenemos dinero y que he pagado por ella más de doscientos francos en medicinas, pero ¿qué importa? algo se ha de cer por el prójimo. Además, no se entrega una criatura al primero que pasa. ¿Verdad que tengo razón? Usted parece un buen señor y quizá sea feliz en su compañía, pero hay que enterarse primero. Pongamos que la dejase marchar, es un suponer, y que me sacrificase por ella. Pues bien, tendría precisión de saber á dónde iba para ir á verla de cuando en cuando, y además necesito saber su nombre para pedir informes. No es por desconfianza, ¿sabe usted? nada de eso, no señor, pero en fin, es indispensable. ¿Quién nos dice que mañana no viene la madre de Cosette á reclamar la niña?

JUAN (Tranquilamente.) Señor Thenardier, si me lle-

vo á Cossete será sin condición alguna. Usted no sabrá mi nombre, no conocerá mi domicilio, ni le diré nunca dónde está la chica, porque mi propósito es que no le vuelva á ver más en toda su vida. ¿Le conviene á usted mi proposición? ¿Si ó no?

THEN. (Bruscamente.) Mire usted, caballero, yo necesito mil quinientos francos.

JUAN Señor Thenardier, este asunto debe de resolverse con el consentimiento de ambos. Para eso he venido aquí. Nunca tuve intenciones de llevarme á Cosette sin haber satisfecho á usted lo que se le adeudase. Usted aseguraba hace un momento que se le debían cien francos, y ahora pide mil quinientos.

THEN. Tengo un apuro.

JUAN (Sacando una cartera y contando algunos billetes.) Aquí los tiene usted.

THEN. (Rascándose la oreja.) ¡Demonio!

JUAN Traigo un recibo en regla, en el cual declara usted que han sido íntegramente saldadas todas las cuentas de la niña y que en lo sucesivo no puede hacer reclamación alguna sobre este particular. ¿Quiere usted firmarlo? (Thenardier vacila, va á firmar y coge los billetes.) Ahora llame usted á la chica.

THEN. ¡Cosette! (Sale vestida de negro. Juan la coge por la mano, preparándose á salir.) Un momento. (Interponiéndose.)

JUAN ¿Cómo?

THEN. Le diré á usted: he reflexionado... En realidad no tengo derecho para entregársela á usted. Soy un hombre honrado y esa chica no es mía, sino de su madre. Ella me la confió y yo no puedo dársela á nadie. ¿Es que quizá habrá muerto, me dirá usted? Corriente; en ese caso yo no debo entregar la criatura sino á una persona que me traiga un escrito firmado por la madre, en que se me autorice para confiar la niña á esa persona. ¿Es esto claro?

JUAN Tiene usted razón. (Vuelve á abrir la cartera.)

THEN. (Aparte.) ¡Bueno! ¡Va á sobornarme! (Alto.) Le advierto que ahora no me contento con menos de diez mil francos.

JUAN Lea usted. (Leyendo.) «Señor Thenardier: entregará usted la niña al dador de la presente. Se le abonarán todas sus deudas. Fantina.» Ya usted ve: la firma está legalizada por el secretario de la Alcaldía de Montreuil. Puede usted quedarse con ese documento para su resguardo.

THEN. (Atónito.) Pero...

JUAN De manera que después de haberle satisfecho los gastos de la niña, y de haberle enseñado la autorización para llevármela, nada tiene usted que reclamar. Adiós.

THEN. Sin embargo...

JUAN Le aconsejo á usted por su bien, que no me detenga. Vamos, Cosette. (Toma á la niña por la mano y salen ambos.)

THEN. ¡Maldito viejo! ¡Si hubiera tenido un arma! (Entra La Thenardier, Claquesus y Montparnase.)

LA THEN. ¿Cuánto le has sacado?

THEN. ¡Mil quinientos francos! (Enseñando los billetes.)

LA THEN. ¿Nada más que eso?

CLAQ. ¡Era un millonario!

MONT. Debíamos haberle preparado una emboscada.

LA THEN. ¡Te ha robado!

CLAQ. Con alevosía.

MONT. Y con nocturnidad.

THEN. Sí: soy un animal. Tienes razón. Ese hombre es evidentemente un banquero de París. Primero dió un franco, después cinco, luego cien, luego mil quinientos, y lo mismo hubiera dado cien mil. Pero yo le atraparé todavía. (A su mujer.) Dame la escopeta.

LA THEN. (Mirando hacia la puerta.) ¡Silencio!

ESCENA III

LOS MISMOS y JAVERT, DOS GENDARMES y UN AGENTE

JAV. (Llamando.) Abrid en nombre de la ley. (Al oir estas palabras, los tres hombres se estremecen y se sientan como al principio del acto.)

THEN. (A su esposa.) Abre.

LA THEN. Adelante.

JAV. ¿No ha venido esta noche un hombre á reclamar una niña?

THEN. Sí, señor, y acaba de irse.

JAV. (A los Agentes.) Registrad la casa. Yo voy por este lado. Y tú, guarda la puerta. (Entran dos Agentes por la derecha, y Javert por la izquierda.)

THEN. ¿A quién persiguen? (Al Agente.)

AGENTE A un rico fabricante de Montreuil, llamado el señor Magdalena.

JAV. (Entrando al mismo tiempo que los Agentes.) No hay nadie. Pero no importa, yo le cogeré. (A los Agentes.) Pronto, camino de París. Allí le encontraremos. (Salen Javert y los Agentes.)

THEN. ¡Un rico fabricante!

MONT. (Riendo.) La gallina se ha burlado del raposo.

THEN. ¡Ah! Yo te atraparé, viejo filántropo, y entonces tú me las pagarás.

CUADRO CUARTO

La fuga

Una encrucijada, donde desembocan dos callejuelas irregulares, cerradas por muros. En el fondo, una especie de chaflán formado por una casucha deshabitada, con una puerta cochera desvencijada y remendada con pasaderas de hierro. A derecha é izquierda, grandes tapias revestidas de hiedra. La de la izquierda, de unos diez pies de alto, forma un ángulo saliente con la calleja de la izquierda, y otro ángulo entrante en forma de Z vuelta. En la esquina un solar en forma triangular y revestido de una empalizada. Un reverbero cuya cuerda atraviesa la encrucijada. Es de noche. Hay luna muy clara.

ESCENA UNICA

Entra primero JUAN VALJEAN, llevando COSETTE en brazos, y después JAVERT y LOS AGENTES

JUAN Todas estas callejuelas del barrio de San Antonio forman un verdadero laberinto. Mejor. Los sabuesos de la policía han perdido el rastro. Pero ese Javert lo husmeará todo.

COS. Señor, tengo miedo. ¿Quién nos persigue?

JUAN ¡Calla, hija mía! ¡Es la Thenadier!

COS. (Con espanto.) ¿Es ella?

JUAN No digas nada. Si gritas, si lloras, la Thenardier te descubrirá y te echará la garra ¡Quédate aquí y no te muevas! (Deja á Cosette y se inclina para mirar hacia la izquierda, y en seguida la retira vivamente.) ¡Maldición! ¡Ya están al final de la calle Javert y sus agentes! (Tomando de la mano á Cosette.) Ven por aquí. ¡Pronto! (Da unos pasos por la callejuela de la derecha y retrocede apresuradamente.) ¡Imposible! También hay al extremo de esta calle polizontes que acechan. ¡Cercado por todas partes! ¡Estoy perdido, Dios santo! Y no veo más que paredes lisas en torno mío. (Mirando el muro de la izquierda.) Aquí hay un esquinazo. Si estuviese solo, sirviéndome de los codos y de los pies lo escalaría. En presidio estas ascensiones eran para nosotros cosas de juego, pero con la niña es cosa imposible. (Volviendo delante de la casa del fondo.) Esta casa parece deshabitada. ¡Si pudiese penetrar en ella! Estos tablones no deben de ser muy resistentes. (Apoya el hombro con fuerza sobre una de las tablas, que cede.) Hay un muro detrás. ¡La puerta está tapiada!

JAV. (En la calle de la izquierda.) Por aquí.

JUAN Ven, Cosette: vamos á acurrucarnos aquí por de pronto. (Separando un segundo tablón y se oculta con ella entre las tablas y las piedras, después de colocar rápidamente los dos tablones arrancados en el sitio que ocupaban antes.)

JAV. (Entra en la escena con dos Gendarmes y un agente. Lleva en la mano derecha el bastón con borlas y en la izquierda una pistola.) ¿Cuántos agentes han quedado en la calle de Polonceau?

AGENTE Cuatro.

JAV. Pues entonces no pueden escaparse por ese lado. Registrad las tapias.

AGENTE ¿No se registran las casas?

JAV. ¿Las casas? (Vacilando.) ¡Las casas después! (Entran por la callejuela de la izquierda.)

JUAN (Saliendo de su escondite.) No es posible perma-

necer aquí. Ven, Cosette. (Coge á la niña y levanta los ojos mirando á todos lados.) ¡Ah, esas tapias! ¿Cómo escalarlas con la niña? ¡Si tuviese una cuerda! (Dándose un golpe en la frente.) ¡Ah, sí! ¡La cuerda del reverbero! (Va al cajón de hierro del farol, y hace saltar el pestillo con una navaja y arranca la cuerda.) Déjame hacer. (En este momento se oye sonar el órgano y el canto de las carmelitas. Pasa la cuerda alrededor del cuerpo de Cosette y cogiendo el otro extremo con los dientes, comienza á subir por el esquinazo del muro apoyándose con los codos y los pies, hasta llegar á lo alto.) ¡Un techo! Cosette, arrímate á la tapia. ¡No grites! No tengas miedo! (Empieza á levantarla suavemente hasta depositarla á su lado.)

JAV. (Apareciendo por la callejuela.) ¡Dionisio! ¡Dionisio! No debe andar lejos. Registremos las casas. (Entran en la callejuela de la izquierda.)

CUADRO QUINTO

El asilo

Cambio de vista horizontal. El muro de la izquierda desaparece y la decoración de la derecha se hunde en los bastidores de la derecha, descubriendo detrás de él un jardín solitario y tranquilo, con grandes macizos de flores: iluminado por la luna. Una vez practicado este movimiento, el muro ha pasado de izquierda á derecha y se ve adosada á él una casita cuyo techo desciende hasta muy cerca del suelo. En el fondo del jardín un gran edificio sombrío y solemne y una capilla, cuyas ventanas estarán iluminadas.

ESCENA PRIMERA

JUAN VALJEAN y COSETTE, en el techo de la casita, y FAUCHELEVENT, en el jardín

FAUCH. ¡Qué luna más clara! Va á helar de firme. Abriguemos las plantas. ¿Pues no parezco un gato con este cascabel? También es ocurren-

cia poner esto á un hombre. ¿Y todo para qué? Para que las monjitas no se acerquen. Si no hubiera perdido esta pierna debajo de la carreta, en seguida iba yo á consentir esta burla. En fin, vamos á dormir, que hace mucho frío para andar al raso y con música ratonera. (Sonando el cascabel.)

JUAN (A Cosette) Aguarda, que vea dónde estamos. (Dejándose caer á todo lo largo del techo y sosteniendo á la niña hasta llegar á un tilo; se apoya en las ramas y se deja caer. En este momento se oye más solemne el canto religioso, acompañado del órgano en la capilla del convento.) ¡Un hombre! (Viendo á Fauchelevent.) ¡Estamos perdidos!

FAUCH. (Retrocediendo asustado) ¿Quién anda ahí? (Aproximándose y mirándole con asombro.) ¡El señor Magdalena! ¿De dónde cae usted? ¿Qué busca usted? ¿Y esa niña?

JUAN ¡Fauchelevent! ¿Qué casa es esta?

FAUCH. El convento de Carmelitas, donde me tienen de jardinero, gracias á su recomendación.

JUAN ¿Quiere usted salvarnos?

FAUCH. ¿Y usted me lo pregunta? ¿Usted, á quien debo la vida? Si usted no me saca, muero aplastado debajo de la carreta. (Cogiéndole la mano y besándosela)

JUAN ¿Y puede usted ocultarme en algún sitio?

FAUCH. Ya lo creo: en mi habitación.

JUAN ¿Por cuánto tiempo?

FAUCH. Por el que usted quiera.

JUAN ¿Eh?

FAUCH. Sí, señor; precisamente iba á llamar á mi hermano para que me ayudase en las faenas del jardín. ¿No se avergüenza usted de tomar su nombre?

JUAN ¡Qué si me avergüenzo! ¡Gracias, Fauchelevent, gracias, Dios mío! De rodillas, Cosette. ¡Dí á tu madre que hemos encontrado un asilo! (Cosette y Juan Valjean se arrodillan iluminados por el fulgor de la luna.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

El motín

Una calle de árboles en el jardin del Luxemburgo. En el fondo gran puerta de madera, con una puertecilla abierta. En el mismo lado una alta tapia que separa el jardín de la calle de árboles del Oeste. Por encima del muro se distingue un reverbero. A la izquierda un banco en el paseo.

ESCENA PRIMERA

GAVROCHE, JUAN PROUVAIRE y FEULLY, entran por el foro derecha. Al levantarse el telón, se oirá á lo lejos el toque de llamada

FEU. ¿Oís? Estan tocando llamada.

PROU. Sí; hay jarana y gorda.

GAV. ¡Cuánto me alegro! ¡Cómo me gusta á mí el humo de la pólvora! (Aspirando el aire.)

FEU. ¿Por dónde anda Enjolrás?

PROU. Nos ha encargado que le esperásemos en el Luxemburgo.

FEU. Debe de estar del lado del Panteón.

GAV. Voy á buscarle.

FEU. No, aguarda muchacho, vamos todos.

GAV. Pues entonces, andando. ¡Marchen... ar! (Se alejan por la izquierda.)

ESCENA II

JAVERT y CLAQUESUS, por el fondo

CLAQ. Separémonos, señor Comisario, y hablemos pero andando cada uno por su lado. Thenardier puede venir de un momento á otro y no conviene que nos vea juntos. Ya sabe usted que es desconfiado y astuto como un zorro. (Se separan y pasean hablando al cruzarse uno con otro.)

JAV. Pero estás seguro de que ese sujeto que viene á pasearse aquí todas las tardes es el señor Magdalena?

CLAQ Segurísimo. Acostumbra á sentarse en ese banco con una señorita que le acompaña.

JAV. ¿Le ha reconocido Thenardier?

CLAQ. Y yo también.

JAV. ¿De manera que es el mismo individuo que hace diez años fué á Monfermeil á buscar una niña?

CLAQ. Indudablemente, y la niña quizá sea la señorita que le acompaña.

JAV. ¿Será él? ¡Bah! ¡Es imposible! Juan Valjean desapareció en Marzo de 1822 y estamos en Junio de 1832. ¿Dónde podría haberse ocultado por espacio de diez años? No, de fijo hay un error. Juan Valjean ha muerto.

CLAQ. Ahí tiene usted al señor Magdalena. (Se separan y Javert queda en el fondo observando.)

ESCENA III

JUAN VALJEAN y COSETTE, por la izquierda. MARIO les sigue á distancia

JUAN ¿Qué te pasa, hija mía? Parece que estás preocupada.

COS. (Mirando á su alrededor.) Al contrario: estoy muy alegre. (En el momento de dar la vuelta, aparece Mario y Cosette le enseña una carta.) ¡Qué her-

mosa tarde hace! ¡Qué bien se está aquí! Apropósito, papá. ¿No se ha fijado usted que los jardines están casi desiertos y que en las calles también hay poca gente? ¿Es que ocurre algo?

JUAN No lo sé. He oido decir que se entierra hoy á un general republicano, al general Lamarque. (Desaparecen por la izquierda.)

CLAQ. (Acercándose á Javert.) ¿Qué dice usted ahora?

JAV. (Siguiendo con la mirada á Juan Valjean.) Sí, ha envejecido bastante, pero se le parece. ¡Ah, si fuese él! Hay que andarse con tiento, sin embargo, porque una equivocación sería grave.

CLAQ. Thenardier no tiene duda alguna, porque si no se libraría muy bien de tender un lazo al señor Magdalena esta misma tarde.

JAV. ¡Un lazo!

CLAQ. Sí; ha convocado á todos los amigos en su casa para hacer cantar al viejo.

JAV. ¿Esta tarde? ¡Demonio! Harto nos dará quehacer hoy el entierro de Lamarque.

CLAQ Thenardier cuenta con el motín. ¡Claro! A río revuelto ganancia de pescadores.

JAV. Y de ladrones.

CLAQ Cuidado. Me figuro que viene allí. ¿Dónde podré ver á usted, señor Comisario?

JAV. Enfrente del Panteón. (Vase.)

ESCENA IV

CLAQUESUS y THENARDIER que llega con EPONINA

CLAQ. (Mirando.) Sí, él es: no hay duda.

THEN. (Viendo á Claquesus.) ¿Estás tú ahí? Aguarda. ¿Me has entendido bien, Eponina?

EPON. Perfectamente.

THEN. Escucha. Cuando el viejo venga á sentarse en ese banco le darás la carta; pero ten cuidado de hablarle con mucha dulzura, ¿entiendes?

EPON. Repito que sí. ¡No soy tan bestia! Además,

ya he llevado muchas cartas como esa. (Thenardier se dirige á Claquesus y Eponina se retira.)

THEN. Ya lo ves. Preparo el anzuelo con el cebo de la caridad. ¡Ah, la faena está hábilmente dispuesta! ¡Ahora no se me escapará como la otra vez ese ladrón de niños! Le tengo cogido y á la chica también. Hoy su dinero será mío, todo mío. Mira, le aborrezco de tal manera, que casi preferiría su sangre. (Con ferocidad.)

CLAQ. No, mejor es el dinero que no deja rastro. ¿Pero estás seguro de que irá á tu casa?

THEN. A la de un tal Jondrete, un desgraciado padre de familia con dos hijos que se mueren de hambre. (Con voz lastimera.)

CLAQ. ¿Quién es ese sujeto?

THEN. Soy yo, imbécil. Jondrete es mi nombre de guerra. ¿Acaso no viven conmigo dos huérfanos de madre, Gavroche y Eponina?

CLAQ. ¿Y si el viejo te reconoce al entrar y pide socorro?

THEN. No temas, ya tengo adoptadas mis precauciones para evitarlo. (Mirando.) ¿Por dónde anda Eponina?

CLAQ. Mírala allí, al extremo del paseo. (Señalando el paseo.) Cualquiera diría que acecha á alguno.

THEN. De fijo no anda lejos su Mario.

CLAQ. ¿Quién es Mario?

THEN. Un estudiante de derecho, un pelagatos que vive en un cuchitril enfrente de nuestra buhardilla y que ni siquiera se ha fijado en la chica. Pero como es guapo y las mujeres no tienen pizca de meollo en la cabeza, mi Eponina se ha chiflado por él y todo el santo día le anda haciendo arrumacos. Si al menos tuviera dinero, vaya en gracia, pero para pasar apuros bastantes tiene Eponina con los que hay en casa.

CLAQ. ¿Y tú no has tratado de disuadirla?

THEN. ¿Para qué? ¿Para que se encalabrine más? Yo la dejo que revolotee alrededor del estudiante, que á su vez revolotea alrededor de la nieta de ese señor Magdalena.

EPON. (Entra corriendo.) Aquí están. ¡Largo! (Thenardier se aleja con Claquesus. Vuelve á oirse el toque de llamada á lo lejos.)

ESCENA V

EPONINA, JUAN VALJEAN y COSETTE

JUAN Sí: no hay duda. Hay agitación dentro de París. Con que, descansa un momento y vámonos á casa.

EPON. (Acercándose.) Señor, mi bondadoso señor. Usted no nos desamparará, de fijo. Tenga la bondad de leer esta carta.

JUAN ¿Una carta para mí?

EPON. De mi padre. De un infortunado padre de familia en el mayor abandono. Mis hermanitos acaban de entrar en el hospital.

COS. ¡Pobre muchacha! ¡Qué aspecto tan miserable tiene! (A Juan en voz baja.)

EPON. (Aparte.) ¡Qué linda es! ¿Si será en efecto la Cosette, como supone mi padre? (Con tono feroz.)

JUAN (Leyendo la carta.) Hija mía, su padre me dice que está en la miseria.

EPON. En la miseria más espantosa, señor.

JUAN Viudo con seis hijos.

EPON. Y sin un pedazo de pan que llevar á la boca.

COS. ¡Infelices!

EPON. Venga usted á casa y se convencerá de lo triste de nuestra situación.

JUAN Está bien, iré.

EPON. El Señor se lo premiará á usted en el cielo. En la carta estan las señas. ¿Cuándo irá á vernos? Ya usted ve, cuando se tiene hambre no es posible aguardar. Además, el casero nos amenaza con echarnos mañana.

JUAN Entonces iré esta misma tarde.

EPON. ¿A qué hora?

JUAN A las seis. Después de comer.

EPON. ¿De veras?

JUAN Sin falta. Adiós, hija mía, hasta luego.

EPON. (Mirándole con asombro y fijamente) ¡Qué bueno es usted! ¡Dios le tendrá en cuenta esta buena acción! (Vase rápidamente.)

ESCENA VI

COSETTE y JUAN VALJEAN

COS. Dice bien esa muchacha: ¡qué bueno es usted, padre mío!

JUAN Cuando se tiene más de lo necesario, no hay mérito en dar algo á los pobres. Esto no debe llamarse bondad, sino deber.

COS. Y lo que ha hecho usted por mí, ¿cómo debe llamarse?

JUAN Por tí, hija de mi alma, no hice más que pagar una deuda de gratitud que tú me has devuelto con creces. Gracias á tí he conocido la dicha de ser amado, lo mismo en los felices años del convento que después de haber salido de él. Como siento que tu inclinación no te haya impulsado á consagrarte á Dios.

COS ¿Por qué?

JUAN Porque entonces ningún ser humano podría robarme tu cariño.

COS. ¿Es que temes que llegue á querer á otro más que á tí?

JUAN No lo sé; pero hay momentos en que esta idea me produce angustias de muerte. Mira, hace días que experimento una inquietud, como si me amenazase algún peligro. (En este momento atraviesa la escena Mario para pasar por delante del banco: pero Juan le mira fijamente y pasa por detrás alejándose.)

COS. (Al verle baja los ojos y hace rayas en la arena con la sombrilla.) ¡Un peligro! ¿Cual?

JUAN Lo ignoro, ó mejor dicho, lo sé; sí, lo sé. He sido demasiado dichoso para que pueda continuar por más tiempo tanta felicidad. (Estrechando la mano de Cosette.) ¡Con tal de que esta felicidad no concluya por perderte, todo lo sufriré con resignación!

COS. ¿Y por qué habría de abandonarte, padre mío?

JUAN Porque yo no soy un padre como los demás. ¡Ah, si tú supieses, si tú supieses! (Vuelve á entrar Mario. Aparte.) ¿Otra vez? (Alto.) Vámonos, Cosette.

COS. ¡Ya!

JUAN Sí, vámonos. (La empuja y Mario da maquinalmente un paso hacia ellos. Juan se vuelve y le mira.) ¡Vaya un joven más impertinente!

COS. (Con voz trémula.) ¡Ese joven! (Se alejan por un extremo del paseo.)

MARIO Es preciso que le entregue esta carta, cueste lo que cueste.

ESCENA VII

MARIO, GAVROCHE, JUAN, PROUVAIRE, COMBEFERRE, COURFIRAC y FEULLY. Se vuelve a oir á lo lejos el toque de llamada. Se oye cantar á GAVROCHE á gritos

GAV. (Entra en escena y ve el reverbero.) ¡Hola! Un farol intacto. Esto no está en regla. ¡Abajo el reverbero! (Tira una piedra y caen los cristales con estrépito.) ¡Ajajá!

MARIO ¿Qué haces, muchacho?

GAV. Ya lo veis, señor Mario. ¡Empieza la revolución! Los reverberos alumbran á los polizontes. ¡Ah! Ahora que me acuerdo. (Haciendo ademán de irse.)

MARIO ¿Dónde vas?

GAV. Aquí al lado. A casa de un panadero. Voy á romperle el escaparate antes de que cierre la tienda.

MARIO ¿Por qué?

GAV. ¡Vaya una pregunta! Pues porque da el pan falto de peso. En seguida estoy de vuelta. (Sale rápidamente empezando á oirse rumor de voces lejanas.)

MARIO ¿Qué pasa?

GAV. ¡Ya está! Valiente susto se ha llevado el ladrón. Lo menos se ha figurado que principiaba el noventa y tres. (Llamando.) Eh, com-

pañeros: por este lado. Aquí está el ciudadano Mario de Pontarcey. (Entran Enjolrás y Prouvaire y después Combeferre, Feully y Coufeyrac, que quedan en el fondo.)

ENJ. ¡Mario! (Poniéndole la mano en el hombro.)

MARIO ¡Ah, eres tú, Enjolrás, y tú también, Prouvaire! (Dándoles las manos.) ¿Qué sucede?

ENJ. Eres de los nuestros, ¿verdad?

MARIO Pero, ¿qué pasa?

PROU. ¿Cómo? ¿No lo sabes? ¿No oyes tocar llamada?

ENJ. El Gobierno nos desafía, Mario. La guardia nacional acaba de disparar contra el pueblo.

MARIO ¿Dónde?

ENJ. En el entierro de Lamarque.

GAV. Pues nos vengaremos, ¿no es cierto, ciudadano Enjolrás? Anda y cómo redoblan los tambores. ¡Pronto redoblaremos nosotros! ¡Rataplán! (Subiendo.) A las armas. ¡Cuánto me gusta á mí levantar adoquines y desenganchar coches!... ¡Abajo la policía, por lo pronto!

ENJ. ¿Quieres callar, muñeco? Y tú, Mario, ¿vienes con nosotros?

MARIO No sabes las penas que sufro en este momento.

ENJ. ¿Todavía ese amor? Ea, en estos momentos no se debe de pensar en las mujeres, amigo mío.

PROV. El amor es tan sagrado como la libertad, Enjolrás, pero tú no sabes lo que es eso. Tú eres un hombre de mármol, una estatua del Museo, sin otras pasiones que la libertad y la justicia. El corazón tiene también sus derechos. Mario, tú debías de haber ido esta mañana á ver á tu abuelo. ¿Te ha recibido mal? ¿No sabéis que Mario tiene un abuelo rico y realista que ha roto con él por sus opiniones?

ENJ Entonces, ¿por qué ha vuelto á verle?

PROV. Porque quiere su consentimiento para casarse con su novia.

MARIO ¿Y sabes lo que me ha respondido? «Anda, imbécil, haz que sea tu querida.» ¡Oh!

ENJ. No perdamos el tiempo. En marcha.

PROV. Un momento. ¿Y qué piensas hacer?

MARIO Enviarle una carta y verla por última vez.

PROV. ¿Y luego?

MARIO No lo sé.

PROV. Mario, los amigos del A. B. C. los estudiantes y los obreros, capitaneados por Feully, están dispuestos á seguir á Enjolrás.

GAV. Adelante los hombres de corazón. Ciudadano Mario, deje usted á la señorita hasta después del triunfo; mientras tanto, que borde la camisa de boda.

CONF. Ven, Mario; ya están levantando barricadas en la calle de San Dionisio.

MARIO Y detrás de un montón de adoquines vais á luchar contra toda la guardia nacional, contra treinta mil soldados y contra la artillería de Vincennes.

ENJ. No importa. En las luchas por la libertad, de la sangre de los vencidos brota la semilla de los vencedores.

MARIO Enjolrás, puesto que se trata de morir, iré con vosotros.

CONF. ¡Bravo!

ENJ. Pues entonces, hasta luego, Mario.

MARIO Hasta luego. (Dando la mano á todos.) ¿Vais á reuniros en San Mery?

GAV. (Volviendo.) En la calle de la Chamvrerie. (Eponina entra.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS y EPONINA

EPON. (Por el fondo.) Gavroche.

GAV Hola, Eponina. ¿Cómo está la familia?

EPON. Te necesito.

GAV. Ahora no puedo dedicarme á nada. Tengo que echar á Luis Felipe.

EPON. Escucha.

GAV. Lo que tienes que decirme, ¿favorece á la monarquía?

EPON. Vé á casa á las cinco.

GAV. Corriente. Así como así, hace ya un año que no he visto á mi padre; pero en seguida me vuelvo á la barricada, ¿entiendes? Una barricada espléndida que vamos á levantar con aspilleras y todo, como un reducto. Ven á verla esta noche.

EPON. ¡Quizá!

GAV. ¡Cuánto me divierto hoy! (Frotándose las manos. Desaparece cantando por la derecha.)

ESCENA IX

EPONINA y MARIO, que aparece por el foro

EPON. (Dulcemente.) ¿Qué tiene usted, señor Mario?

MARIO ¡Ah! ¿Eres tú, Eponina?

EPON. Bien se echa de ver que sufre usted algún pesar. ¡Si yo pudiera serle útil en algo!...

MARIO Gracias.

EPON. Sin embargo, hace unas seis semanas me dijo usted: «Yo te daría cualquier cosa si averiguases las señas de cierta señorita.» ¿Se acuerda usted? Pues bien: tengo las señas.

MARIO Las conozco.

EPON. (Con tristeza.) ¿Las sabe usted ya?

MARIO Pero, oye. Si quieres, puedes hacerme otro favor... un gran favor.

EPON. ¿Cuál?

MARIO Llevarle esta carta, puesto que conoces sus señas.

EPON. ¿Una carta para ella? (Con acento de ira.)

MARIO ¿Quieres ó no?

EPON. (Después de vacilar.) Venga.

MARIO Pero no se la entregues delante de su padre.

EPON. Su padre estará ausente.

MARIO Para entrar en el jardín, no hay más que sacar una barra de la verja. La octava, contando por la derecha de la puerta. (Movimiento de Eponina.)

EPON. ¿De modo que entra usted en su casa?

MARIO ¿Qué tienes?

EPON. Nada: pero...

MARIO ¿No me dijiste que tendrías gusto en servirme?

EPON. ¡En eso sí!

MARIO Yo aguardaré en casa la respuesta. Vamos, te explicaré lo demás andando.

EPON. No es posible: ya sé lo bastante. Usted quiere ver á una señorita, y yo tengo que hablar con un joven. Conque, separémonos.

MARIO Adiós... ¡Ah, toma! (Le da una moneda de plata, y Eponina la arroja al suelo después de mirarle con estupor y sale corriendo.)

THEN. (Entrando y cogiendo la moneda.) ¡Despilfarrada! ¿Eh? (Llamando.)

ESCENA X

THENARDIER, CLAQUESUS, MONTPARNASO, GUTEMAR, BROULATELLE y BAVET. Todos aparecen mirando á todos lados con precaución

THEN. Escucha. Orden del día. El golpe es para las seis.

MONT. Seremos puntuales.

THEN. No, tú y Brujón, os encargaréis de apoderaros de la muchacha.

MONT. Eso me gusta más.

THEN. Un coche aguardará en la calle, al lado de la verja. (A los demás.) Y vosotros, hasta luego.

CLAQ. ¿Y si el viejo resiste?

THEN. Si resiste, peor para él. (Con ademán muy expresivo.)

CUADRO SEGUNDO

La sorpresa

Una especie de desván destartalado y sombrío, cuyo techo estará formado de vigas que se apoyan en un poste colocado á la izquierda, tallado en su base, de una madera gruesa en forma de escabel. En el fondo, una puerta que abre sobre un corredor. Una ventana cua-

drada a la derecha, á la altura sobre el piso. Una sola silla de paja, rota, y cerca del poste, una mesa desvencijada En un ricón se ve un cuadro pintado al óleo.

ESCENA PRIMERA

GAVROCHE y EPONINA

EPON. ¿Has entendido bien?

GAV. Sí, Eponina, dicho y hecho. Allá abajo todo marcha viento en popa. Nuestra barricada es un asombro. Es tan alta como una casa. Voy un momento á verla y vuelvo en seguida. Hoy tengo que estar en todas partes. París me pertenece. Lo único que necesito es una carabina. (Sacando de debajo de la blusa una pistola y contemplandola con melancolía.) Tengo una pistola, pero le falta el gatillo. ¿Para qué sirve una pistola sin gatillo? Pero no importa. (Blandiéndola.) ¡Mueran los tiranos! (Al salir tropieza con Mario.) Buenas tardes, ciudadano Mario. Salud y fraternidad. Hasta luego. ¡Abajo lo existente! (Sale cantando.)

ESCENA II

MARIO y EPONINA

MARIO Te aguardaba en mi cuarto. ¿Por qué no has ido?

EPON. Acabo de llegar.

MARIO ¿Y qué? Habla pronto.

EPON. He entregado la carta.

MARIO Dame la respuesta.

EPON. (Registrándose los bolsillos.) No es una respuesta, es una sola palabra puesta con lapiz. Lea usted: «come». ¿Qué quiere decir «come»?

MARIO (Mirando el papel.) ¡Oh! Gracias, Eponina, gracias. (Lanzándose por el corredor.)

ESCENA III

ESPONINA y JUAN VALJEAN

EPON. (Mirando el papel.) Quiere decir: «ven» ya me lo imaginaba yo... El padre, á tiempo llega.

JUAN (Mirando hacia el corredor.) Hija mía, ¿quién es ese joven que sale corriendo?

EPON. Un vecino, el señor Mario. ¿Le conoce usted?

JUAN No.

EPON. Ha debido encontrarle usted en el Luxemburgo.

JUAN Es posible.

EPON. ¿Ha dejado usted sola á la señorita?

JUAN Naturalmente.

EPON. ¿En un día como el de hoy? Ha hecho usted mal: debía usted volver á su casa.

JUAN ¿Qué dice usted?

EPON. (Estrujando el papel.) Nada. (Aparte.) ¡Ya iré yo!

JUAN ¿Y su padre de usted?

THEN. (Llamando.) ¡Eponina!

EPON. Aquí está.

THEN. ¡Eponina! (Desde la puerta. Eponina se acerca á él.) Baja, y si ves á los soplones, da un silbido.

EPON. No puedo: tengo que hacer.

THEN. (Cogiéndola por los puños.) ¡Cómo se entiende!

EPON. Ya le diré á Gavroche que avise. (Se separa de él y sale.)

ESCENA IV

JUAN VALJEAN, THENARDIER. Después CLAQUESUS, BRIGUENAILLE, GUSTEMER, BREVET y BROULATELLE

THEN. (Entra. Lleva gafas ahumadas.) Tenga usted la bondad de sentarse, mi generoso bienhechor.

JUAN ¿Es usted el señor Jondrete?

THEN. El mismo: pero tómese usted la molestia de tomar asiento. (Acercándole la silla.)

JUAN No puedo perder tiempo.

THEN. Un momento nada más. Ya usted ve, mi respetable protector, la espantosa miseria en que me encuentro. (Entra Briguenaille con un martillo de herrero en la mano y la cara tiznada de hollín, y se coloca silenciosamente delante de la puerta.)

JUAN ¿Quién es ese hombre?

THEN. Un vecino: no haga usted caso.

JUAN Ya volveré otro día. Aquí tiene usted esto para las necesidades más apremiantes. (Le da dos monedas de oro.)

THEN. Dos luises... Los emplearé en pagar los alquileres, porque el casero, ya sabe usted que quiere ponerme en la calle. (Entran en silencio Gustemar y Claquesus, también tiznados de hollín: el primero con una lima y el segundo con una barra de hierro.) Son amigos de casa. Estan tiznados porque trabajan en la fragua. No se cuide de ellos. Soy tan desgraciado, que muchas veces me dan impulsos de tirarme al río. (En este momento entra Brevet con un hacha, y Briguenaille, al ver la banda completa, cambia de voz y dice con acento terrible:) No se trata de nada de esto. (Quitándose las gafas.) ¿Me conoce usted?

JUAN No.

THEN. (Acercándose más á Juan Valjean.) Yo no me llamo Jondrete. Me llamo Thenardier: soy el posadero de Monfermeil, ¿lo oye usted bien? ¡Thenardier! ¿Y ahora, me conoce usted?

JUAN Tampoco.

THEN. (Levantándose furioso hacia él.) ¡Ah! ¿Está usted de broma? ¿Conque no se acuerda de mí? ¿Conque no sabe quién soy?

JUAN Perdone usted, ya veo que es usted un bandido.

THEN. ¡Bandido! ¡Usted me llama bandido! Sepa usted, señor millonario, que he tenido un establecimiento propio; que he pagado contribución; que he sido elector; que soy un ciudadano, y sepa además que no soy un hombre obscuro, cuyo nombre se ignora; que va á robar criaturas á las casas, como usted es ladrón de niños. Es verdad que he quebrado, que me oculto, que no tengo

pan, pero no engaño á las personas como usted, señor filántropo. Basta ya: concluyamos de una vez. Necesito dinero, mucho dinero, una suma enorme, ó le estermino á usted ahora mismo.

BREVET (Levantando el hacha.) Si hay que partir leña, aquí estoy yo. (De pronto Juan se levanta, arroja la silla á las piernas de los bandidos, derriba de un golpe con la cabeza a Brevet y da un puñetazo á Gustemar, y trata de alcanzar la puerta, pero los seis hombres le rodean y se entabla una lucha empeñada y silenciosa entre ellos. Juan derriba á Brulebaille y le pone la rodilla encima; pero los otros le cogen por los brazos y le atan con cuerdas, impidiéndole evadirse.)

THEN. No le mateis. Atadle á la silla. (Le atan.) Ahora registradle.

CLAQ. (Despues de registrarle, contando el dinero.) Un luis, tres francos...

THEN. ¿No lleva cartera?

BOUL. Ni reló.

GUS. ¡Diablo de viejo, qué puños tiene!

THEN. (A Juan.) Caballero, ha hecho usted mal en querer escaparse, y yo tampoco he hecho bien en incomodarme. Ahora, si usted me lo permite, vamos á hablar tranquilamente. Porque es usted millonario, le acabo á usted de decir que necesitaba dinero, una cantidad enorme. Esto no sería razonable. También tendrá usted sus obligaciones. No quiero arruinarle, señor mío, y voy á hacer un verdadero sacrificio por mi parte. Me hacen falta doscientos mil francos. Usted me dirá que no se lleva una cantidad como esa en la cartera. Su firma me basta. Tenga usted la bondad de escribir lo que voy á dictarle. (Saca pluma y papel del cajón de la mesa.)

JUAN ¿Cómo quiere usted que escriba si estoy atado?

THEN. Es cierto: perdóneme usted. (A Claquesus.) Déjale suelto el brazo derecho. (Acerca la mesa, moja la pluma y se la entrega á Juan.) Escriba usted: «He recibido del señor Thenardier la cantidad de doscientos mil francos que le

devolveré á la presentación de este documento.» (Sigue con la vista lo que escribe.) Bien. La fecha y la firma. (Firma.) «Pedro Fauchelevent.» ¿Es este su nombre en la actualidad? (Va hacia los bandidos y les enseña el recibo, y Juan aprovecha este momento para coger un cuchillo del cajón de la mesa.) No me crea usted tan majadero que vaya á conformarme con este pedazo de papel, que no tiene valor ninguno: necesito otra garantía. Va usted á escribir una carta á su hija llamándola á esta casa.

JUAN ¿A Cosette? ¡Miserable! (Derriba la mesa y se coloca detrás de ella con el cuchillo en la mano.) ¡Dios me ampare!

THEN. Abridle en canal. (Van á precipitarse sobre el, y en este momento se oye un silbido agudo.) ¡La policía!

GUS. ¡Huyamos!

BOUL. ¿Por dónde?

THEN. Por la ventana.

BOUL. Primero yo, viejo farsante.

GUS. Antes nosotros. (Empujándose unos á otros.—En este momento de confusión para acercarse á la ventana sin ser visto Juan Valjean entra Javert y los Agentes.)

JAV. ¿Queréis mi sombrero? Alto todo el mundo. No hagais la tontería de resistir. Sois seis. Nosotros somos quince. Sed razonables. Los coches están abajo. Con que, vamos. Antes las esposas. Buenos días, Briguenaille. Buenos días, Brevet. Buenos días, Bouletrelle. Hola, Thenardier. (Los Agentes van saliendo con los detenidos.) Buenos días, Juan Valjean. Te creía muerto, me creías vencido, pero ya te tengo en mi poder. Ahora veremos quién te salva del presidio (En este momento se abre la ventana y aparece Gavroche. Rumores y campanas que tocan á rebato.)

GAV. Buenas noches. Con permiso de ustedes. Aquí esta el pueblo. Adelante, ciudadano Combeferre. (Siguen los rumores más cercanos y voces de «¡Muera Luis Felipe!», y aparecen los insurrectos.)

COM. (Adelantándose.) Está usted libre, ciudadano. Y

usted también puede retirarse. (Volviéndose á Javert.) El Gobierno provisional no detiene á nadie. Conque cada uno por su lado.

JAV. (Mirando con intención á Juan Valjean.) ¡El ciudadano y yo nos volveremos á ver!

CUADRO TERCERO

La última cita

Un jardín oculto y lleno de malezas. En el lado izquierdo se ve el comienzo de un pabelloncito. En el centro, un banco de piedra bajo los árboles. Noche de luna.

ESCENA PRIMERA

MARIO y COSETTE. Después EPONINA

MARIO Sí, Cosette; tenía necesidad de hablarte y he venido. No podía vivir como estaba. No puedes imaginarte las angustias que acabo de pasar. Cuando te alejaste con tu padre de los jardines del Luxemburgo, experimenté una profunda sensación de tristeza. El amor verdadero se alarma por la cosa más nimia, y cuando ha fundido dos seres en un deseo único, necesita de la eternidad para su dicha. Mira, si no hubiera alguno que amase, se apagaría el sol

COS. Pero hace pocos momentos me hablaste de un modo tan desesperado, que se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué me has dicho que deseabas morir? ¡Morir tú, Dios mío!

MARIO No temas, acabo de verte, acabo de oirte, y casi he vuelto á recobrar la esperanza.

COS. Es preciso esperar, Mario. Ya tienes veintitrés años, y dentro de dos, podrás casarte sin el consentimiento de tu abuelo.

MARIO ¿Y hasta entonces?

COS. Pues vendrás aquí todas las noches y hablaremos de nuestro amor, de nuestras esperanzas, de nuestros sueños, de nuestras ilusiones. ¿No basta esto para nuestra felicidad? (Entra Eponina y se oculta detrás de un matorral.)

EPON. (Aparte) ¡Aquí están!

MARIO ¿Y no temes que surja algún nuevo obstáculo? La persona á quien das el nombre de padre ha llegado á infundirme ciertos recelos, te lo confieso.

COS. No digas eso, Mario. Si supieras cuánto me quiere y cómo se ha sacrificado por mí... Yo te aseguro que su mayor dicha la cifrará en vivir á nuestro lado.

MARIO No quiero infundir en tu ánimo ninguna idea de tristeza. El corazón se hace heroico á fuerza de pasión, pero en el mío, sin saber por qué, germinan hoy ciertos pensamientos que me inquietan profundamente. Quisiera que mi alma fuese inaccesible á las emociones vulgares, quisiera vivir en el azul del cielo, sin preocuparme de las sombras y de los odios de este mísero mundo, pero mi razón, todavía está sujeta por lazos mezquinos á la realidad. De todos modos, sin tí, mi adorada Cosette, no podría vivir. (Con solemnidad) Escucha, nunca he empeñado mi palabra de honor sin cumplir lo ofrecido en ella; pues bien, Cosette, yo te doy mi palabra de honor que si me separan de tí buscaré la muerte.

COS. (Estremeciéndose.) ¿Otra vez hablas de morir? No, Mario, eso no puede ser, tu vida es la mía.

EPON. (Aparte) ¡Cómo le ama!

ESCENA II

LOS MISMOS y JUAN VALJEAN, que entra en escena muy agitado y volviendo la cabeza como quien teme ser perseguido

JUAN (Desde fuera.) ¡Cosette!

COS. ¡Mi padre! (A Mario.) Ocúltate. (Mario se oculta y entra Juan, que pasa por delante del lugar donde

está oculta Eponina, que sale del jardín sin ser vista por él.)

JUAN ¿Dónde estás, hija mía?

COS. ¡Aquí, padre! (Reparando en la agitación de Juan Valjean.) ¿Pero qué sucede? ¡Estás pálido como la muerte!

JUAN Hija mía, me amenaza un gran peligro.

COS. ¿Un gran peligro?

JUAN Sí; un hombre, un enemigo encarnizado que me creía muerto, acaba de encontrarse conmigo. Ese hombre tiene mi vida en sus manos; por consiguiente es preciso, que sin perder un minuto salgamos de París.

COS. ¿Salir de París?

JUAN Ya te he dicho que es para mí cuestión de vida ó muerte. Si permanezco un instante más en París estoy perdido.

COS. Pero, ¿dónde vamos?

JUAN No lo sé. A cualquier parte; por lo pronto, hay que aprovechar el motín para huir; después, ya trataremos de buscar un asilo lejos de París, lejos de Francia si es preciso.

COS. ¿Y cuándo volveremos?

JUAN ¡Quizá nunca!

COS. (Aterrorizada.) ¡Nunca!

JUAN La fatalidad nos impone este nuevo sacrificio, Cosette. Yo no puedo conjurar el peligro que nos amenaza. Por lo tanto es forzoso anticiparse á los sucesos. Si yo faltase ¿qué sería de tí sola, abandonada en este inmenso París? Voy á recoger lo preciso para el viaje, y sin perder un momento, sin volver la vista atrás, hay que huir, huir para siempre, hija mía. (Se dirige hacia el pabellón.)

COS. (Sollozando.) ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

MARIO (Acercándose.) ¿Lágrimas?

COS. ¡Ay, Mario, tengo que abandonarte!

MARIO ¿Qué dices?

COS. La verdad. Mi padre me lleva fuera de París.

MARIO ¿Y tú consientes?

COS. ¡Qué he de hacer, Mario! El ha amparado mi orfandad, le debo sumisión, obediencia.

Además, le amenaza un grave riesgo, y es natural que le afrontemos juntos.

MARIO Dí mejor que no me has amado nunca.

COS. ¡Que no te amo! (En este momento entra Eponina.)

EPON. Señor Mario, sus amigos le esperan en la barricada de la calle de la Chamvrerie.

MARIO Pues vamos á la barricada.

COS. No, eso no. Mario, escucha, atiéndeme, no vayas á la barricada. (En este momento aparece Juan Valjean en el lado derecho.)

MARIO Puesto que voy á perderte, ¡qué me importa la vida! ¡Vamos á morir! (Sale velozmente seguido de Eponina.)

COS. ¡Morir! (Lanza un grito terrible y cae desmayada en los brazos de Juan Valjean, que acude á sostenerla.)

JUAN (Mirando con infinita ternura el rostro de Cosette.) Si ese hombre muere, morirá ella también.

CUADRO CUARTO

La barricada

Plazoleta en una encrucijada de la calle de la Chamvrerie. En el fondo una barricada enorme, con una cortadura hacia la derecha para poder entrar por ella. Sobre los adoquines está enhiesta una bandera roja, iluminada por una antorcha colocada en la barricada. A la izquierda, en segundo término, el café de Corintio. Un barril de pólvora cerca del edificio, y tambien de este lado, uno de los ramales de la calle de Mondetour donde se ve una barricada pequeña á medio hacer. El otro ramal se ve en el primer término derecha con su correspondiente barricada: de este mismo lado la trasera de una casa, contra la cual está adosada una cañería que se pierde en la alcantarilla cerrada por una verja de hierro. En la plazoleta guijarros amontonados, carretillas, toneles, sacos de arena y demás materiales para la barricada.

ESCENA PRIMERA

ENJOLRÁS, FEULLY, COMBEFERRE, CONFEYRAC, BAHORET, JOLY, LESGLE, GLANTAISE, y una treintena de insurrectos más,

los cuales están apostados detrás de las barricadas y hacen fuego en el momento de levantarse el telón. GAVROCHE anda de un lado para otro animando á los combatientes. Se oyen algunos disparos y después cesa el ruido.

FEU. (Levantándose.) Ya no hacen fuego.

BAHO. ¡Victoria!

CONF. Me parece que se han retirado hacia la calle de San Dionisio.

ENJ. (A Gavroche.) Tú que eres chico, sal por la cortadura, arrímate á las paredes de las casas y explora un poco las calles. En seguida vuelve á decirme lo que hay.

GAV. ¿Conque los chiquitos sirven para algo? Menos mal. Fíese usted de los pequeños y desconfíe de los grandes, ciudadano. David era pequeño y mató á Goliat. También yo tengo erudición, comandante. (Sale por la cortadura.)

ENJ. La barricada está casi desecha. Todo el mundo á trabajar. (Comienzan á llevar adoquines.) Dejad las aspilleras. Pueden tratar de sorprendernos. La luna es reaccionaria. En este momento nos alumbra á nosotros y los oculta á ellos. (Se oye pasar lista detrás del café.) ¿Cuántos muertos hay?

COM. No lo sé: están pasando lista. Los guardias nacionales y las tropas han perdido quince hombres. (Se oye la voz de Gavroche imitando el canto del gallo.)

GAV. ¡Kikiriki!

ENJ. Ese chiquillo va á hacerse matar. (Entra Gavroche.) ¿Qué pasa?

GAV. Los realistas están en el ángulo de la calle. He visto los centinelas. Con que venga un fusil.

ENJ. Hay que estar alerta. Una cosa me inquieta. Ya no se oye la campana de la iglesia de Saint Mery. ¿Se habrá rendido la barricada? ¡Diantre! Eso sería grave para nosotros. (Sube hacia el fondo.)

GAV. Oiga usted, ciudano Feully.

FEU. ¿Qué quieres, muñeco?

GAV. ¿No es usted quien ha traído los obreros?

FEU. ¿Por qué lo preguntas?

GAV. ¿Ha reparado usted en aquel sujeto alto con blusa que se apoya en un fusil y observa atentamente lo que pasa?

FEU. (Mirando.) No le conozco.

GAV. Por algo decía yo que se desconfiase de los grandes. ¿De veras no le conoce usted?

FEU. No recuerdo.

GAV. Pues es un soplón. Aun no hace quince días que me bajó de las orejas de una cornisa del Puente Real.

FEU. Hay que advertir á Enjolrás.

GAV. Mi comandante, dos palabras. (A Enjolrás. Le habla al oido.)

ENJ. ¿Estás seguro? (Estremeciéndose.)

GAV. ¡Segurísimo!

ENJ. ¡Llámale!

GAV. (Acercándose al desconocido.) Amigo mío, ¿tiene usted la amabilidad de venir á conferenciar un momento con el comandante?

JAV. ¿Qué desea?

ENJ. ¿Quién es usted?

JAV. Ya veo de qué se trata. Pues bien, sí.

ENJ. ¿Es usted un espía?

JAV. ¡Soy agente de la autoridad!

ENJ. ¿Cuál es su nombre?

JAV. ¡Javert!

ENJ. Está bien. Será usted fusilado diez minutos antes de tomar la barricada.

JAV. (Impasible.) ¿Y por qué no ahora?

ENJ. Porque tenemos que economizar la pólvora.

JAV. Pues mátenme de una cuchillada.

ENJ. Miserable polizonte: nosotros somos jueces, no asesinos. Que se conduzca á este hombre á la habitación de los heridos.

JAV. Hasta la vista. (Le atan los brazos y le llevan al café de Corintio. En este momento se oye tocar á rebato.)

ENJ. (Con alegría.) ¡Ah! vuelven á tocar á rebato en San Mery. Nuestos amigos resisten.

PROU. Atención, la tropa avanza hacia este lado.

ENJ Todo el mundo á su puesto. No disparar hasta que se acerquen. ¡Oido! ¡Fuego!

CONF. Algunos han caído... Otros huyen... ¡Victoria!

PROU. Sí, pero á otra victoria como ésta, tendremos que retirarnos. Apenas quedan municiones.

ENJ. Que se fabriquen. Ahí, cerca de la bandera, está un barril de pólvora; abridle.

CONF. (A los otros.) ¡Ya lo oís! (A Enjolrás.) ¿Y las balas?

ENJ. Que se fundan los platos de estaño y las cucharillas del café.

CONF. ¡Son insuficientes!

ENJ. Cállate. No tenemos otra cosa. (Gavroche ha salido del café con dos fusiles y una escopeta. Oye las últimas palabras.)

GAV. Ciudadano comandante, antes no tenía un arma y acabo de heredar tres. A este paso voy á abrir un establecimiento.

ENJ Quédate con la escopeta.

GAV. ¿Una escopeta? Es muy pequeña.

ENJ. Pues toma el arma que quieras.

GAV. Entonces me quedo con este fusil. Es el más largo. Pero ¿y los cartuchos? (Enjolrás, Combeferre y Confeyrac, cambian una mirada.) Sí, ya he oído lo que pasa. En este pícaro mundo, no hay nada completo. Ayer tuve una pistola sin gatillo y ahora tengo un fusil sin cartuchos. No, no, esto es demasiado. Voy á buscarlos para mí y para los demás.

COM. ¿Dónde?

GAV. En las cartucheras de los muertos.

ENJ. ¿Estás loco?

GAV. Ahora verán ustedes. (Mirando á todos lados y viendo un cesto de botellas en la ventana.) ¡Ah! ya encontré lo que buscaba. (Coge la cesta.) Tome usted mi fusil.

COM. Pero ¿dónde vas?

GAV. (Poniéndose la cesta al brazo.) Voy.. ¡á la compra! (Echa á correr.)

ENJ. ¡Detenedle!

GAV. (Escapándose) Ahora vuelvo. (Sale fuera de la barricada.)

CONF. ¡Le van á matar! (Todos los insurrectos suben á la barricada y miran con ansiedad.)

ENJ. ¡No me atrevo á mirar! (En este momento Gavroche coloca la cesta en el suelo y empieza á sacar cartuchos de un miliciano.)

COM. ¿No ves que te apuntan? (Se oye una descarga. Se pone en pie, se coloca en jarras delante de los milicianos, y canta.)

BAN. ¡Vuélvete, muchacho!

GAV. ¡No tengais cuidado. Les falta la puntería. Son milicianos. (Da unos pasos escurriéndose y registra á otro miliciano muerto y después á otro.)

TODOS ¡Basta! (Otro disparo.) ¡Basta!

FEU. Es más listo que las balas.

COM. ¡Se diría que está jugando al escondite!

ENJ. ¡Con la muerte! (Se oyen más disparos y Gavroche vacila y cae.)

TODOS ¡Ah!

ENJ (Subiéndose encima de la barricada.) ¡Le han matado! ¡Asesinos! (Gavroche se incorpora.)

COM. No; se levanta. (Gavroche se vuelve á los milicianos y les hace burla, colocándose la mano delante de la nariz. Vuelve á cantar.)

ENJ. Dame la mano. Arriba, muchacho.

GAV. (Fuera.) Primero el cesto. (Levantándole sobre la barricada.) ¡Viva la República! *Allons enfants de la patrie...* (Suena otra descarga más nutrida que las anteriores, y cae de espaldas en los brazos de los insurrectos. Los defensores de la barricada lanzan un grito de espanto. Enjolrás coloca el cuerpo de Gavroche en la plazoleta y todos los combatientes le rodean.)

ENJ. Acaso no esté más que herido.

CONF. (Inclinándose sobre el cadáver.) La bala le ha entrado por el corazón. ¡Está muerto!

ENJ. ¡Qué alma tan grande en cuerpo tan pequeño! ¡Alinear, compañeros! (Los insurrectos se alinean en fila, y Enjolrás y Combeferre llevan el cuerpo hacia el Café.) ¡Presenten, armas! (Los sublevados presentan las armas al pasar el cadáver.)

ESCENA III

LOS MISMOS y JUAN VALJEAN, que entra por la callejuela de la izquierda y busca con los ojos á MARIO el cual sale en este momento por la puerta del Café

JUAN Llego á tiempo. (Al verle.)

CONF. (Desde la barricada) Cuidado, compañeros,

Acabo de oir colocar las cajas de metralla en los cañones.

ENJ. No harán mucho daño en los adoquines. Arrojaos al suelo, sin embargo (Se oye un cañonazo y caen heridos y gritando algunos hombres.)

CONF. ¡La metralla nos diezma!

ENJ. Es que han apuntado á la cortadura, y la carga nos hiere de rebote. Es preciso evitar el segundo tiro.

CONF ¿Cómo?

ENJ. Poniendo fuera de combate al jefe de la pieza. (Apunta y tira.)

CONF. ¡Está herido!... Se lo llevan.

ENJ. Entonces, hemos ganado tres minutos.

BAN. Es preciso tapar el boquete.

ENJ. ¡Un colchón!

BAN. No hay más que los precisos para los moribundos.

JEU. Allí hay uno. (Señalando uno que estará colocado delante de un balcón en un piso alto.)

BAN. ¿Y quién lo trae?

JEU. ¡Como no tuviésemos alas...!

JUAN Bastaría con romper las cuerdas.

ENJ. ¡Imposible!

JUAN ¡Se intentará! ¿Quién tiene una arma de precisión?

ENJ. Aquí está la mía.

JUAN Gracias. (Juan apunta, dispara y rompe una cuerda; vuelve á disparar y rompe la otra. Se ve caer el colchón muy allá de la barricada.)

TODOS ¡Bravo! (Aplauden.)

CONF. El colchón ha caído, pero ahora, ¿dónde está el guapo que va á ir á buscarlo?

JUAN Se intentará. (Se lanza por la cortadura. Se oyen varios disparos, vuelve con el colchón, colocándolo en el ángulo muro.) Ya está.

ENJ. Bienvenido, ciudadano.

BAN. ¿Quién es este hombre?

ENJ. Es un hombre que salva á los demás.

MARIO Yo le conozco. (Mario y Juan se miran frente á frente.)

ENJ. Ahora estamos seguros por este lado. A nuestros puestos, Mario. El momento supremo se acerca. (Mario se aleja.) ¡Qué traigan al preso! (Dos insurrectos traen á Javert.)

JUAN (Al verle.) ¡Javert!

JAV. ¡Juan Valjean!

ENJ. ¡Ya ves que no te olvido!

JAV. Gracias.

ENJ. El último que salga de aquí, le levantará la tapa de los sesos, con esta pistola. (Deja una pistola.)

JUAN ¿Cree usted que merezco alguna recompensa?

ENJ. Sin duda.

JUAN Pues bien: le pido una.

ENJ. ¿Cuál?

JUAN La de permitirme destrozar el cráneo de ese hombre.

JAV. Es natural.

ENJ. ¿No hay quien reclame? (Mirando á su alrededor.) Le entrego á usted ese polizonte. (Dándole la pistola.) Pero no quiero que se le ejecute aquí. En esa callejuela. No hay que mezclar su sangre con la nuestra.

JAV. Vamos. (Marcha con serenidad hasta el ángulo de la derecha, seguido de Juan.) Desquítate, Juan Valjean. (Este saca una navaja y la abre.) ¡Un jabeque! Es el arma que mejor te cuadra.

JUAN (Cortándole las cuerdas que le sujetan.) Está usted libre.

JAV. (Estupefacto.) ¿Qué dices?

JUAN ¿No decía usted que debía tomar el desquite? Pues ya lo tomo. ¡Váyase usted!

JAV. (Retrocede dos pasos y vuelve.) Guárdate de mí.

JUAN ¡Eso es cuenta suya!

JAV. (Vacilando.) No, antes la muerte... Yo no puedo deberte la vida. Quiero mejor morir. Mátame.

JUAN Repito que se vaya usted. (Javert se aleja mirando atónito á Juan Valjean.) Queda cumplida la orden.

MARIO (Desde la barricada.) Ciudadanos. Ha llegado el momento de las resoluciones supremas. Nos quedan cinco cartuchos por combatiente. Los precisos para resistir diez minutos. ¿Qué pensais hacer? ¿Entregaros para ser deportados por vida ó fusilados?

TODOS No.

MARIO ¿Entonces preferís morir?

TODOS Sí.

ENJ. ¿Todos?

TODOS Sí.

MARIO Nada más sencillo. No tenemos balas, pero tenemos pólvora. Llevemos ese barril bajo la bóveda del café, y cuando agotemos los cartuchos, cuando hayan tomado las barricadas, los que sobrevivan harán saltar el edificio.

TODOS Sí, sí, sí. (Se oyen algunos disparos.)

ENJ. ¿Oís, compañeros? El fuego se extiende á las demás barricadas. París, la ciudad inmortal, vuelve á reanudar su labor: ¡la revolución! (Se oye cantar á lo lejos la Marsellesa y vuelve á escucharse el toque de rebato.)

MARIO ¿No escuchais, ciudadanos, ese concierto de rumores supremos? La campana hiende el espacio con su grito de bronce y la Marsellesa llena el aire con su canto de guerra. Cantad y luchad ahí abajo, hijos de la patria, mientras nosotros vamos á dar por la república el último aliento.

TODOS ¡Viva la república!

ENJ. Llevad el barril de pólvora al café. (Se ejecuta la orden y se oye retumbar el cañón que hace saltar muchos adoquines de la barricada.) ¡El cañón! ¡Después vendrá el asalto! ¡A la barricada! (Mario corre hacia la calle de Mondeteur.)

TODOS ¡A la barricada!

ENJ. (Gritando.) ¿Estás ya, Mario?

MARIO (Desde la pequeña barricada.) Ya estoy, Enjolrás. (Se oyen nuevos cañonazos enfrente de la barricada grande y muchas descargas de fusilería en las pequeñas. Se oye la voz de Mario.) ¡Resistid con brío! Ahora vuelvo. (Atraviesa la plaza para ir á la barricada de la izquierda y Juan le sigue. Al entrar eu la callejuela de la derecha cae herido por una bala. Juan le recibe en sus brazos y le deposita en el suelo.)

JUAN (Reconociéndole.) No está muerto... He aquí al que ella ama y á quien yo aborrezco. ¿Cómo salvarle? (Mirando á todas partes y yendo de un lado para otro.) No hay salida. Sería preciso minar la tierra. ¡Ah, por aquí! (Arranca, no sin gran es-

fuerzo, los barrotes de hierro de la boca de la alcantarilla y arrastra hacia ella el cuerpo de Mario.) ¡Dios nos ampare! (Desaparece con Mario por la boca de la alcantarilla. Un nuevo cañonazo hace una ancha brecha en la barricada y los tambores tocan paso de ataque, hasta que las tropas asaltan la barricada. El fuego de los insurrectos es cada vez más débil. Por último se replegan desde las tres barricadas sobre la plaza, haciendo frente á los asaltantes y entran en el café de Coríntio. Las tropas coronan las barricadas y aparecen también á la entrada de las dos callejuelas. Los insurrectos aparecen en las ventanas del café y se les oye cantar á voz en cuello:

¡Amour sacrè de la patrie,
condui, soutiens, nos bras vengeurs!
¡Libertè!... ¡libertè!... ¡cherie! ..

Se oye dentro una formidable descarga; los soldados coronan las barricadas y el café de Corintio vuela enmedio de una gran explosión.)

FIN DEL ACTO CUARTO

EPÍLOGO

La muerte de Juan Valjean

Una habitación bastante espaciosa y apenas amueblada. A la izquierda, un gran espejo, y sobre la chimenea los dos candelabros de plata del señor Miriel. Un velador con enseres de escribir, y cerca de este mueble una butaca. Una silla y otra butaca.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR DUPRET y el AMA DE LLAVES, que entran por la derecha

AMA — ¿Cómo está, señor?

DUPRET — El enfermo sigue mal, muy mal, desgraciadamente. (El Doctor escribe una receta.)

AMA — ¿Pero qué es lo que tiene?

DUPRET — Todo y nada. Su enfermedad es más moral que física. Es un hombre, que según las apariencias, debe de encontrarse bajo el influjo de un gran pesar. ¿Ha perdido recientemente alguna persona querida?

AMA — Sí, señor; su hija. Es decir, no es que la haya perdido, la ha casado. El mismo día de la boda vino aquí el pobre señor, y desde entonces yo le miro languidecer á ojos vistas. ¡Es una compasión de Dios!

DUPRET ¿Y no ha vuelto á ver á su hija desde entonces?

AMA No, señor. Ella no sabe donde vive, ni él ha querido darme las señas de su hija para que fuera á avisarla. Y entre tanto...

DUPRET La dolencia se agrava.

AMA ¿Que le ha dicho á usted?

DUPRET Me ha dicho que se sentía bien. (Dándole la receta.)

AMA ¿Volverá usted, señor Doctor?

DUPRET (Moviendo la cabeza.) Sería mucho mejor que viniese otra persona. (Sale el Doctor acompañado por el Ama de llaves.)

ESCENA II

JUAN VALJEAN aparece en el umbral de la puerta de la izquierda; sus cabellos están completamente blancos y anda encorvado, con gran dificultad

AMA (Volviéndose.) ¡Qué imprudencia! ¿Por qué ha salido usted de su cuarto, señor?

JUAN Tenga usted la bondad de darme el brazo. Vamos hasta esa butaca. (Le conduce.) Es preciso que escriba cuatro renglones. (Sentándose en la butaca, sostenido por el Ama.) Gracias. Ya estoy bien. No tengo necesidad de nada. Déjeme usted un momento. (Sale el Ama.)

JUAN (Coge la pluma y escribe con gran dificultad, observándose que le tiembla la mano.) «Cosette de mi alma... yo te bendigo...» No puedo. (Se le cae la pluma de entre los dedos.) No tengo fuerzas para llegar al fin. (Solloza débilmente.) ¡Todo acabó ya! ¡Voy á morir! ¡A terminar de morir, porque estoy muerto desde el día que perdí á Cosette!... He cumplido con mi deber salvando la vida á un hombre, uniéndole á ella para siempre y refiriéndole mi historia. Sí, era preciso no mezclar la vida de un presidiario con la suya. Por eso me alejé de su lado, por eso me oculto. ¿No es la conciencia mi único guía? Pues ya está satisfecha mi conciencia. Pero el corazón tiene tam-

bién sus derechos. ¡Morir no es nada: para mí es casi un bien! ¡Pero morir sin verla es horrible! ¡Ella me sonreiría, ella me diría una palabra! ¡Oh! ¡Un minuto... un minuto solamente! ¡Que yo escuche su voz, que yo experimente el consuelo de mirarla por última vez! ¿Puede esto ofender á nadie? ¡Ah, no, nunca, nunca ya, todo acabó... todo! ¡Dios mío... Dios mío! ¡No la veré más! ¡Nunca más! (En este momento llaman á la puerta.) ¡Adelante!

ESCENA III

MARIO y COSETTE entran precipitadamente

COS. (Corre hacia Juan y se arroja á su cuello.) ¡Padre!

JUAN (Se levanta trémulo de alegría.) ¡Cosette! ¡Ella! ¿Eres tú? ¡Es usted! ¡Sí, tú eres! (Sostenido por Mario y Cosette, vuelve á sentarse en la butaca.)

MARIO ¡Al fin le encontramos!

JUAN ¿Y usted también, señor Mario? ¿Luego usted me perdona?

MARIO ¿No oyes, Cosette? Todavía me pide perdón. ¡Ah, padre mío! Ya sé lo que usted ha hecho por mí. Toda mi vida pasada de rodillas, delante de usted, no sería bastante para expiar mi ingratitud. ¡Aquella barricada, aquella inmunda cloaca, todo lo atravesó por mí, por tí Cosette. Me llevó al través de todas las muertes que apartaba de mí y aceptaba para él... ¿Por qué no lo ha dicho antes padre mío? (Volviéndose á Cosette.) ¡Este hombre es un santo!

JUAN ¡Silencio, silencio! ¿A qué decir todo eso? Usted me ha traído á Cosette: ya estoy pagado.

COS. ¡Padre! ¡Padre mío! (Le separa los cabellos con dulzura y le besa en la frente.)

JUAN ¡Deja que te mire! ¡Qué estúpido era yo hace un momento! ¿Pues no he creído que no volvería á verte más? ¡Habla uno sin contar con la misericordia de Dios! ¿Usted me

permitirá que le tutee, ¿no es verdad, señor Mario? No será por mucho tiempo.

Cos. ¡Qué maldad habernos dejado en tan cruel incertidumbre! ¿Dónde ha estado usted? ¿Desde cuándo está usted de vuelta? ¿Por qué no nos ha avisado? ¡Vaya un padre ingrato! ¡Estar enfermo y no saberlo sus hijos! ¡Mira, Mario, mira qué manos tan frías tiene!

MARIO Pero ahora está usted en nuestro poder. No pasará un día más en esta casa. Mañana no estará usted aquí. Nos pertenece y ya no le soltamos.

JUAN (Moviendo tristemente la cabeza.) Mañana ya no estaré aquí, pero tampoco en su casa.

Cos. ¿Qué quiere usted decir?

JUAN No quisiera darte pena, hija mía, pero voy á morir.

Cos. / MARIO ¡Morir! (Estremeciéndose.)

JUAN Sí.

Cos. ¡No, padre mío! Vivirá usted, sí vivirá. Yo quiero que viva. ¿Oye usted?

JUAN Hija mía, es preferible que te abandone. Muero gozoso. Ya ves, siento tus manos en las mías y veo correr las lágrimas por tus mejillas. Este era el fin que yo ambicionaba. (Cosette cae á sus pies sollozando.) Empiezo á ver menos claro. Cosette, acerca aquellos dos candelabros. (Cosette lo hace.) A tí te los lego, hija mía. Son de plata, mas para mí son de oro: son de diamantes. No sé si el que me los dió estará ahora satisfecho de mí allá arriba. He hecho lo que he podido para seguir su senda. ¡Ah, sí! (Con los ojos fijos en los candelabros y levantándose en éxtasis.) ¡Ya le veo! ¡Me llama!... ¡Me espera!... ¡Me sonríe!... ¡Me tiende los brazos!... ¡Allá voy! (Cae en su butaca muerto. Mario y Cosette le besan las manos.)

FIN DE LA OBRA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*